

Serie terror
THANATOS

Curtis Garland

Boda de ultratumba

NOVELA INEDITA



EDICIONES FORUM

CURTIS
GARLAND

BODA DE
ULTRATUMBA

Serie Terror
THÁNATOS nº
15

Desmond Doyle puso el revólver sobre la mesa mientras apuraba la copa de Oporto con lentitud, fija su mirada en el fuego de la chimenea.

Era su última copa. Su última noche. Sus últimos momentos en el mundo.

A su alrededor, los suntuosos muebles, las cortinas y cuadros formaban un ambiente hogareño y rico. Nadie hubiera comprendido fácilmente que un hombre como él, joven y apuesto, con una mansión como aquélla, pudiera poner fin a su vida en aquella fría noche de invierno.

Y, sin embargo, a Desmond Doyle le sobraban razones para todo eso. Aquellos restos majestuosos de su herencia habían sido lo último que le quedara de ella. Por un tiempo al menos. Luego, había obtenido dinero hipotecándolo todo. Dinero para seguir jugando, divirtiéndose, frecuentando garitos y lupanares de Londres en una loca carrera contra el tiempo, para vivir en pocos años lo que otros no experimentaban ni en toda su vida.

Ahora, éstas eran las consecuencias.

La ruina, el deshonor, el fracaso absoluto.

Dentro de pocas horas, vendrían con coches de mudanzas a recoger todos los bienes muebles, antes de que otro acreedor se hiciera cargo de la finca. Se quedaría en la calle. Pero no por mucho tiempo. Había otras deudas que no podía pagar. Había sido denunciado. Un buen amigo suyo, policía, le había advertido de que sólo aplazarían su detención y encarcelamiento hasta el mediodía siguiente.

Un Doyle de Mayfair arruinado, deshonrado, hundido. El hazmerreír de Londres. Su matrimonio con la bella y rica Eileen, roto. La familia de ella, los orgullosos y puritanos Haversham, furiosos con él. Acreedores suyos también en un abuso de confianza imperdonable.

—He caído muy bajo —murmuró, contemplando siempre las brasas de aquellos últimos leños que crujían en el hogar, a punto de extinguirse en pavesas y ceniza—. Muy bajo. No vale la pena seguir. Cuando no se tiene valor para afrontar los propios errores, se debe tener para poner fin a una vida estúpida, vacía y sin sentido. Ni siquiera Eileen sentirá ya mi muerte. Nadie la sentirá en esta ciudad que creí mía y que ahora me cierra todas sus puertas, lo mismo que antes me las abrió, cuando era un mimado por la fortuna...

Como respuesta a su monólogo sombrío, uno de los leños chascó, rompiéndose en una lluvia de chisporroteos y pavesas, allá en la chimenea señorial. Fuera, contra los vidrios empañados de las ventanas, el viento y la llovizna de aquella noche brumosa, golpearon

sorda, casi siniestramente.

Desmond Doyle tomó un sorbo más de Oporto. Dirigió una mirada indiferente a los ventanales que recibían el tamborileo sordo del agua en el exterior.

¿Qué podía importarle a él que la noche fuese realmente de perros? Tanto daba una así como otra serena y amable, cuando uno iba a poner fin a su vida. Bajo el cielo nuboso o estrellado, dentro de poco sería cadáver. Pero eso no le importaba demasiado.

Se preguntó, mientras encendía un cigarrillo, cómo había podido suceder todo aquello. A sus veinte años había ido reclutado al frente. Eran las postrimerías de la guerra y Europa seguía siendo un infierno. Luego llegó el armisticio y todo se acabó. El regreso al hogar, tras los meses vividos en las trincheras, había sido muy diferente a lo que imaginó. Los héroes no eran nadie en su vida civil, una vez dejada atrás la contienda. El año dieciocho había conocido muchas de esas desilusiones. Él quiso olvidar cosas. Cosas como los compañeros desangrándose junto a él entre el barro, cuerpos mutilados, bombas y granadas, estruendo, sangre y violencia. Y así comenzó a beber, a divertirse alocadamente, el juego y las mujeres completaban su programa habitual hasta el amanecer o hasta la misma salida del sol, de garito en garito, de cama en cama, de club en club o de pub, según los casos. Igual se pasaba las noches en el Soho, que en Mayfair mismo o en el propio Whitechapel, entre la miseria, el alcohol y las prostitutas del East End. Eso había sido su vida durante tres años. Ahora, en plena juventud, se sentía tan decrepito y depravado interiormente como podía serlo el propio Dorian Gray de Wilde. Sólo que él ni siquiera tenía un retrato donde contemplar la sordidez de su alma entregada a todos los excesos y sumergida en todos los errores.

Ahora, esto era el fin. La ruina, la humillación, la vergüenza..., y la muerte. Tal vez era un cobarde. Quizá su padre le hubiera dado un bofetón y le hubiese desafiado a seguir adelante, a enfrentarse a sus propias equivocaciones, a su nuevo estado tan lejos de los Doyle de siempre, ricos, orgullosos, estimados y respetables.

Miró el teléfono, allá sobre el muro empapelado, no lejos de él. Pensó en descolgarlo por un momento y llamar a Charles, su mejor amigo. Decirle lo que iba a hacer y despedirse de él. Charles Hayward, evidentemente, no le entendería. Nadie podía entenderle.

Desistió de esa idea casi de inmediato. No, no valía la pena molestar a Charles con todo eso. Ya se enteraría más tarde por los periódicos. Como Eileen, como todo el mundo.

Suspiró, apurando al fin su copa de Oporto. Aplastó el cigarrillo en el cenicero. Se arregló el cuello de la camisa sobre el jersey blanco y marrón, como si fuese a recibir a alguien, en vez de irse al otro mundo de un balazo en la sien. Abrió la gaveta y extrajo el sobre. Lo depositó

sobre la mesa, ante él. Su destinatario era obvio: «Al juez».

Eso bastaba.

Tomó el revólver. Un viejo Smith & Wesson calibre 38, perteneciente a su padre. Era la única arma que tenía a mano. Serviría para la ocasión. Según el viejo Doyle, jamás le había fallado en sus guerras coloniales, allá en la India o en Egipto y Sudán. Triste destino para un arma que su padre consideraba llena de gloria castrense, recuerdo de batallas memorables por la Corona y por el Imperio.

Sonrió tristemente, meneando la cabeza. Amartilló el arma, con calma.

Y se dispuso a poner fin a su vida.

Llevó el arma a la sien. Su dedo no temblaba en el gatillo. No tenía miedo. No es que le alegrara morir, abandonar este mundo. Pero tampoco temía el momento supremo. Tal vez era un modo de purgar muchos errores, pensó con amargura.

El cañón metálico rozó su sien. Frío, redondo, insensible.

Dominó un leve estremecimiento. Dentro de poco, ese acero ardería. Para entonces su cabeza estaría reventada, con un feo' aspecto. El guapo caballero Desmond Doyle, que, al decir de todas las damas londinenses, ya fuesen de la mejor o de la peor esfera social, era uno de los más atractivos y arrogantes hombres de la ciudad, mostraría entonces una apariencia repulsiva y atroz. Pero eso tampoco le importaba ya demasiado.

Su dedo se tensó sobre el gatillo. Se dispuso a apretarlo...

El tintineo de la campanilla fue como si el pistoletazo se produjera justo entonces. Sólo que más musical, aunque la insistencia y energía con que era pulsado el llamador hizo que sonara con cierta violencia, retumbando en la casa desierta, donde se encontraba él, sin servidumbre, invitados ni amigos, a diferencia de los tiempos en que le sobraba dinero.

Se puso rígido. La campanilla seguía resonando insistentemente, con premura, como si quien llamara tuviese excesiva impaciencia. Perplejo, bajó el arma. Se preguntó quién podría ser a aquellas horas. Miró el reloj del saloncito.

—Las once y media —murmuró—. ¿Quién diablos se descuelga ahora llamando a mi puerta?

El campanilleo no cesaba. Irritado, dejó el revólver sobre la mesa. Se incorporó, dispuesto a enviar muy lejos al inoportuno, fuese quien fuese. Mientras se dirigía al vestíbulo a través de las habitaciones y pasillos desiertos, se preguntó si no sería su amigo Charles quien acudía ahora, quizá movido por un oscuro presentimiento. La idea le pareció ridícula. Charles era una de las personas que difícilmente podrían llegar a tal grado de sensibilidad premonitoria. Era un gran muchacho, sí, pero no demasía—so imaginativo.

Se detuvo ante la puerta de entrada.

El campanileo era insistente, casi molesto, respiró hondo y, dispuesto a mostrarse bastante rudo con el inoportuno, abrió la puerta.

Una ráfaga de aire frío, envolviendo a la llovizna helada, le azotó el rostro y las ropas, haciéndole dar un paso atrás. La calle, totalmente difuminada por la bruma y el aguacero, sólo mostraba las farolas encendidas formando halos nebulosos en la noche.

Se quedó mirando al visitante con extrañeza.

—Buenas noches, señor Doyle —saludó éste.

No supo qué decir. El hombre era un perfecto desconocido. Pero sin saber por qué, su aspecto le impresionó.

—Buenas noches —dijo—. ¿Qué desea, para llamar con tanta insistencia?

—Verle a usted, señor Doyle. Y es urgente —respondió el desconocido. Desmond enarcó las cejas sin dejar de contemplarle. Era un individuo alto, delgado, vestido enteramente de oscuro. Llevaba un gabán largo, negro, empapado de agua de lluvia, sombrero hongo de igual color y bufanda gris oscura. En conjunto resultaba un tipo lúgubre, pero no sólo por sus ropas. El rostro que vislumbró entre la bufanda y el sombrero era una pálida mancha alargada, de facciones angulosas, huesos prominentes en su mentón y pómulos, nariz halconada emergiendo como un pico sobre los labios delgados, y unos ojos oscuros y fríos como la misma noche.

—Lamento no poderle recibir —dijo secamente Doyle, reaccionando—. Estoy muy ocupado en estos momentos, caballero. Si quiere volver otro día...

—Otro día no sería posible —repuso el visitante. ¡Dios! pensó Desmond, no sabía él bien lo acertado que estaba. Y añadió con firmeza—: Debo verle ahora. El motivo de mi visita no admite demora, señor Doyle.

—Le repito que lo siento —se irritó el joven—. Ni siquiera le conozco, señor. No tengo el menor motivo para alterar mis planes y recibirle a semejantes horas.

Se equivoca —sonrió extrañamente el individuo—. Tiene muchas razones para recibirme, señor Doyle. Vengo a ofrecerle diez mil guineas en efectivo. Ahora mismo.

Diez mil guineas. La enormidad de esa suma le dejó estupefacto. Miró al hombre, empezando a temer que se las viera con un chiflado o un excéntrico. El otro entendió perfectamente lo que pasaba por su cabeza.

—No me interprete mal, señor Doyle —se apresuró a añadir—. Digo la verdad. Llevo encima esa suma. Y será de inmediato para usted, si me recibe y llegamos a un acuerdo.

—Diez mil guineas es mucho dinero —murmuró Desmond.

—Mucho. Suficiente para zanjar todas sus deudas y dejarle al día, ¿no es cierto?

—¿Cómo sabe...? —frunció el ceño, disgustado, pero recordó que un Doyle era alguien en Londres, y no resultaba raro por tanto que la gente supiera de sus cuitas. Tras un momento de indecisión, se decidió. Echándose a un lado, invitó—: Pase, caballero. Pero le aseguro que si esto es un engaño, le echaré a puntapiés de mi casa. Por cierto, ni siquiera sé su nombre...

—¿Qué más da eso? —rio entre dientes el otro, pasando por su lado, al interior del vestíbulo—. Llámeme Smith, si lo desea. El nombre de alguien que va a darle diez mil guineas a cambio de muy poco, debe importarle mínimamente, señor Doyle.

En cierto modo, tenía razón. Desmond le guio en silencio hasta la biblioteca, para evitar que pudiese ver en el living su carta dirigida al juez y el revólver amartillado sobre la mesa.

—Siéntese —invitó, mostrándole un butacón ante la chimenea apagada y gélida—. Como ve, no puedo ofrecerle demasiadas comodidades, señor Smith. Usted conoce muy bien las razones, al parecer.

—Claro que las conozco —sonrió el visitante, acomodándose en el asiento sin despojarse de sus ropas de abrigo, aunque sí del sombrero, que dejó ver debajo una cabeza cubierta de cabello muy negro y liso, salpicado por algunas canas—. Debe usted exactamente tres mil guineas a sus acreedores particulares, dos mil quinientas a diversas entidades bancarias de la City, otras tres mil a quienes hubieran sido sus suegros, los Haversham y, finalmente, mil doscientas libras al Gobierno por impuestos impagados. Todo eso le llevará a la cárcel mañana mismo. Son casi diez mil guineas en total, si no me equivoco.

—Está usted muy enterado de mis deudas —dijo fríamente Desmond.

—Sí, bastante —suspiró el hombre de oscuro. Y extrajo cuidadosamente de un bolsillo interior de sus ropas un pasmoso fajo de billetes que depositó sobre una mesita inmediata. Esto zanjaría todas esas deudas.

Desmond Doyle contempló atónito aquel montón cuidadosamente apilado de billetes de curso legal de elevado valor. Allí había, sin dudar, las diez mil guineas que mencionara su visitante.

—¿Cómo se atreve a ir de noche por las calles con semejante suma encima? —se sorprendió el joven.

—Ya ve que no me ha ocurrido nada —la sonrisa del desconocido era indiferente—. Le advierto que esta suma no será la única que reciba usted si llegamos a un acuerdo y acepta mis condiciones, señor Doyle.

—¿Todavía me piensa ofrecer más dinero?

—Otras cinco mil guineas, exactamente, para que comience una nueva vida. ¿Qué le parece el trato?

—En cuanto a lo económico, inmejorable —su desconfianza creció de grado ahora, mientras dirigía una mirada a aquel fajo de billetes, humedeciendo sus labios nerviosamente—. Pero, ¿y las condiciones a cambio? Mucho debe exigirme para pagarlo tan generosamente, señor Smith.

—Como verá, no es gran cosa. Sólo le pido unas horas de su vida a cambio de este dinero. Recibirá las diez mil ahora mismo, si acepta. Y las otras cinco mil, mañana al amanecer.

—Acabemos de una vez. ¿Qué debo hacer por ese dinero? ¿Vender mi alma?

—No, no —rio el otro—. Yo no soy el diablo, señor Doyle. Solamente el intermediario de alguien que es quien le hace la oferta.

—Ya. ¿Y qué se espera concretamente de mí?

—Una boda.

—¿Una..., qué?

—Lo que ha oído: una boda. Debe casarse con alguien a cambio del dinero.

—Pero..., pero eso no tiene sentido...

—Lo tiene para mí y eso basta. ¿Acepta o no?

—Tendría que pensarlo...

—No hay tiempo —el visitante extrajo un reloj de sus ropas. Era un pesado Roskoff de plata, viejo y gastado. Lo mostró ante Desmond, alzando su tapa—. Son las doce menos veinte minutos, señor Doyle. Tiene exactamente cinco minutos para resolver. Es todo el tiempo que puedo concederle.

—Una boda... —repitió Desmond, mientras el otro guardaba de nuevo su reloj de bolsillo—. Es un paso muy importante para un hombre, señor Smith. Ni siquiera conozco a la novia...

—Pocas bodas se celebran a cambio de la propia vida —rio suavemente el hombre de ropas oscuras—. Y menos aún con quince mil guineas de dote para el novio...

Desmond sufrió un leve sobresalto. «A cambio de la propia vida...», acababa de decir su visitante. ¿Es que acaso él sabía o intuía lo de su suicidio inmediato? Le miró, pero el rostro alargado y huesudo no reflejó ninguna emoción.

—Tiene razón —dijo—. ¿Cuándo ha de ser la boda?

—Hoy. Ahora mismo. Esta noche.

—¿Y la novia...?

—La conocerá en el momento de la ceremonia. Pero debo advertirle de algo: una vez casado, tendrá que pasar la noche de esponsales con ella, como es de rigor. Solamente esta noche, señor Doyle. Después, se separará de ella para siempre. No volverá a verla. No tendrá noticias de ella, no estará ligado con ella salvo por ese lazo matrimonial que nunca, nunca le será recordado..., a menos que intentase darlo por

nulo o pretendiera casarse de nuevo. Entonces, y sólo entonces, su novia haría valer sus derechos sobre usted, señor Doyle, ¿está eso bien claro?

—No, pero lo entiendo. Usted sugiere que hoy me casaré con una dama, pasaré con ella la noche de esponsales..., y nunca más volveremos a vernos.

—Eso es.

—Pero yo no deberé volverme a casar o anular ese matrimonio jamás.

—Exacto.

—Supongo que no podía esperar nada normal, cuando se me ofrece tanto por un simple matrimonio de unas horas —suspiró Desmond, resignado—. Una sola pregunta más, antes de darle mi respuesta definitiva, señor Smith.

—No sé si podré contestarla. ¿Cuál es? los ojos del otro le miraron, cautos.

—¿Por qué me eligieron a mí para ese matrimonio tan extraño?

Una enigmática sonrisa curvó los labios descoloridos del caballero desconocido. Se encogió de hombros. Su respuesta fue mucho más ambigua de lo que Doyle esperaba.

—Eso, señor mío, es cosa de ella. De la dama que va a ser su esposa. Solamente ella podría responderle —dijo—. Ahora dígame si acepta o no. Su plazo se acaba.

Doyle se estremeció, sin poderlo evitar. Miró a su interlocutor en silencio, y luego su mirada vagó por los oscuros rincones de la amplia biblioteca. No le gustaba la frase que acababa de oír: «Su plazo se acaba.»

Pero de inmediato desechó esa idea estúpida. Más que se había acabado poco antes cuando iba a apretar el gatillo de un arma para volarse los sesos...

—Está bien —dijo con firmeza, tomando una brusca resolución—. Acepto.

Un Pierce Arrow, modelo 1919, les condujo a través de un Londres brumoso, bajo la llovizna fría y persistente, rodando a través de calles que eran como simples fantasmas en la niebla. El desconocido conducía el automóvil de forma cuadrada y carrocería oscura con cierta pericia.

Desmond viajaba en la parte de atrás, retrepado en el asiento, la mirada fija en el exterior, por si le era posible identificar los lugares que recorrían en la noche. La cosa no resultaba nada sencilla. Aquel hombre había dado varios evidentes rodeos, usando calles angostas y solitarias que le eran poco conocidas, y alejándose considerablemente de Mayfair.

Ya no podía saber si estaba en el Soho, en Blomsbury o en Westminster, tal era la desconcertante marcha del vehículo rodando

sobre el húmedo pavimento de la ciudad.

Finalmente, se detuvieron ante un edificio apenas visible en la bruma, más allá de una alta verja de hierro. Desmond, a través de la ventanilla, creyó distinguir setos y árboles en torno a la edificación.

—Hemos llegado, señor Doyle —dijo gravemente su acompañante, bajando del vehículo tras cruzar una puerta enrejada y rodar unos momentos sobre una gravilla rechinante, que hizo vibrar ligeramente al vehículo sobre sus ruedas.

Abrió la portezuela, poniendo el pie en un sendero esponjoso por la lluvia. De la arboleda en torno, goteaba agua sobre él, casi pulverizada. **Allá**, ante ellos, se erguía la sombría forma sólida de un viejo caserón típico de la época victoriana.

Vio luz en un ventanal de cortinas corridas. Una claridad amarillenta y difusa, pero muy perceptible en el oscuro paraje donde se hallaban. De no ser porque había acudido allí con aquel hombre después de guardar diez mil hermosas guineas en la caja fuerte de su casa, tras llamar a su amigo Charles Heyward para que acudiese lo antes posible a la hipotecada mansión de los Doyle en Mayfair, a hacerse cargo de las deudas y pagarlas de inmediato, habría llegado a sospechar que el desconocido sólo pretendía desvalijarle o, posiblemente, asesinarle.

Pero eso era ridículo, tras recibir de sus manos tan jugosa suma. Aún se sonreía cuando recordaba la voz de Charles a través del teléfono, al ser informado de que había diez mil guineas en efectivo dispuestas para los pagos. Le había hecho un montón de preguntas, pero la respuesta de Desmond había sido la dictada por su visitante cuando le advirtió de su llamada al amigo:

—Diga que le explicará más adelante todo. Que se trata de una herencia inesperada o algo así.

Y así había sido su respuesta. A Charles no le había convencido en absoluto, pero prometió estar en la casa antes del amanecer, para afrontar las más perentorias exigencias de los acreedores dispuestos a vaciar la mansión, así como avisar a los demás y detener de ese modo la orden de arresto a nombre de Desmond Doyle por impago de deudas.

Iba pensando en todo ello mientras caminaban hacia la puerta de la mansión victoriana. Se detuvieron ante una alta puerta de madera maciza, tras subir tres escalones de piedra.

El hombre llamado Smith pulsó un llamador. Dentro de la casa tintineó remota una campanilla.

No tardaron en abrir. Un hombre alto, de edad madura, cabello canoso y patillas desmesuradamente largas, les abrió la puerta. Iba impecablemente uniformado de levita oscura.

—Pasen, por favor —pidió—. El reverendo Pearson les aguarda en el salón.

Entraron. El mayordomo cerró la puerta, avanzando silencioso ante ellos en dirección a la sala mencionada. Cuando llegaron a ella, Doyle se halló ante unos muros tapizados de color ocre, mobiliario oscuro, pesado y antiguo, numerosas porcelanas valiosas decorando los muebles, cornucopias en las paredes y un gran retrato sobre la chimenea apagada, mostrando a una dama de rara belleza, vestida de tules blancos, vaporosos, que daban un aire fantasmal a su hermosa figura.

Delante de la chimenea esperaba un hombre en pie, con una copa de brandy en su mano. Vestía enteramente de negro, con cuello cerrado blanco, tenía cabello escaso y ralo, abultada nariz rojiza, indicadora de una afición evidente a los licores, y ojillos astutos tras unos lentes de pinza sobre su respetable apéndice nasal.

—Buenas noches, caballeros —saludó cortés, volviéndose—. Ya pensaba que no vendrían...

—Como ve, se equivocó, reverendo —sonrió fríamente el acompañante de Doyle—. Estamos aquí, y la boda se celebrará de inmediato en la capilla familiar. Señor Doyle, le presento al reverendo Nathaniel Pearson, de la iglesia anglicana. Reverendo, éste es el novio, Desmond Doyle.

—Es un placer conocerle —dijo el sacerdote, inclinando la cabeza con afabilidad—. Espero que sea muy feliz a partir de esta noche, señor Doyle.

—Sí, eso espero yo también —suspiró Desmond distraído, mirando de nuevo al gran retrato al óleo colgado sobre la chimenea.

Le fascinaban aquellos ojos profundos, rasgados y oscuros, en un rostro pálido y suave, de triste sonrisa melancólica, no exenta de misterio. Una—cabellera oscura, ondulada y abundante, caía sobre los hombros de la dama de blanco, el fondo del cuadro era una indefinida bruma grisácea en un paraje sombrío e inconcreto.

—Hermoso cuadro —comentó con voz calmosa.

—Sí, lo es —asintió el reverendo—. Debo felicitarle, señor Doyle. Su futura esposa es muy bella.

Desmond notó un raro cosquilleo en su persona. Fascinado, clavó los ojos en el retrato. El reverendo se había referido a ella como «su futura esposa». Smith no hizo nada por rebatirle ese punto.

Ciertamente, no podía quejarse de su suerte. Casarse con una dama como aquélla, recibiendo además quince mil guineas por ello, y quedar virtualmente libre tras la noche de esponsales con tan hermosa criatura, era mucho más de lo que nadie podría imaginar nunca. Y menos aún un hombre arruinado que minutos antes iba a lanzarse directamente al infierno.

Se preguntó qué extraña excentricidad conducía a aquella mujer de sorprendente belleza a celebrar un matrimonio de medianoche con un

perfecto desconocido. Ciertamente que la sociedad había sufrido una seria crisis en la postguerra y mucha gente se propasaba en sus caprichos, pero éste le parecía demasiado grotesco.

—Síganme —pidió el llamado Smith—. Vamos a la capilla. La ceremonia debe celebrarse de inmediato. No debemos hacer esperar a la novia, caballeros.

Emprendieron la marcha a través de la casa, hasta alcanzar un corredor posterior, por el que caminaron en silencio, con el solo sonido del eco de sus pisadas en las baldosas, hasta detenerse ante una pequeña puerta ojival, de madera claveteada, cuyo pomo tomó su anfitrión antes de volverse hacia ellos.

—Entren, por favor —dijo—. Hemos llegado.

Abrió, haciéndose a un lado. La puerta chirrió sobre sus goznes. Un olor a cera quemada llegó del interior de la capilla. Los dos hombres entraron delante del misterioso caballero en una capilla reducida donde ardían varios velones cuya claridad era la única en la cámara. Las llamas amarillas bailoteaban como pequeños espectros o como fuegos fatuos en un cementerio, despidiendo un humo que apestaba a cera caliente.

El altar de la capilla aparecía borrosamente tras esos velones que, en número abundante, lucían por doquier. Pero Desmond no pudo ver, pese a sus esfuerzos, la figura de su futura esposa. La capilla parecía estar vacía por completo.

¿Dónde está la novia? —preguntó el reverendo, sujetando ahora entre sus pálidas manos un pequeño libro de tapas negras.

—Tenga paciencia —dijo Smith—. Ella está ahí, esperándonos. Vayan al altar, por favor.

Los dos echaron a andar entre los velones que ardían en la capilla. El aire estaba allí denso y cargado a causa de ellos. Doyle tuvo la aprensión repentina de que aquel olor le recordaba a la muerte, tal vez porque siempre asoció los velones con una cámara ardiente.

Llegaron al altar, tras rodear los incontables velones que, sobre sus soportes de hierro forjado, ardían en el recinto.

Y entonces vieron a la novia.

El reverendo lanzó una imprecación y se echó atrás, con gesto sobresaltado. El libro cayó de sus manos.

—Dios mío... —le oyó susurrar Doyle—. ¿Qué significa esto?

Desmond mismo, habría querido tener fuerzas para hablar. Pero no pudo. Estaba con la mirada fija en aquella forma humana, tendida ante el altar.

Era la dama del cuadro, de eso no había duda. Envuelta en tules blancos, con traje de novia y un ramo de azahar sobre su regazo, entre las blancas manos. El cabello oscuro desparramándose a ambos lados de su rostro apacible. No pudo verle los ojos, Tenía los párpados

cerrados. Y reposaba dentro de un féretro suntuoso, forrado de seda púrpura.

—Está..., está... —comenzó a jadear a duras penas.

—Sí, señor Doyle— afirmó calmoso su visitante nocturno—. Está muerta. Pero usted va a casarse con ella ahora. Es lo que prometió, recuérdelo bien...

—¡No puedo celebrar esta boda! ¡Sería un sacrilegio, una blasfemia! Y el reverendo Pearson se inclinó, recogiendo su libro, dispuesto a marcharse airadamente de allí.

Smith se le cruzó imperturbable en el camino, deteniendo su marcha. Los ojos del hombre brillaban amenazadores. Pero su voz no sonó airada, sino fría y cortante:

—Reverendo Pearson, más vale recapacitar un poco antes de tomar esa decisión. Si sale de esta capilla y se niega a celebrar el matrimonio, la gente sabrá mañana mismo que el respetable Pearson es culpable de la violación de una menor, de vivir secretamente con una ramera y de defraudar los fondos de la iglesia de modo constante. Aquí tengo las pruebas —agitó unos documentos que extrajo de su chaqueta—. Serán hechos públicos mañana. Piénselo bien.

El reverendo se había quedado lívido. Sus manos temblaban. Una simple ojeada dirigida a los documentos, con el beneplácito de Smith, fue bastante para que comprobara la veracidad de los asertos de su anfitrión.

—No puede hacer eso... —farfulló.

—Claro que puedo. Y lo haré si me obliga a ello.

—Es que no puede celebrarse una boda..., con una muerta —se quejó

—. Es..., es ilegal, es sacrílego, es monstruoso...

—La celebrará. Ahora mismo.

El reverendo tragó saliva. Miró a Desmond en busca de una hipotética ayuda. El joven no estaba precisamente en condiciones de dársela. Rígido, anonadado, con el rostro blanco como el yeso, contemplaba despavorido la belleza serena e inerte de la mujer tendida en el ataúd.

—Está..., está bien —jadeó al fin el reverendo—. Lo haré, claro. Pero esos papeles...

—Serán suyos en cuanto celebre el matrimonio.

El hombre pareció aliviado. Asintió, encaminándose al altar. Desmond se volvió, al fin, mirando a ambos con expresión incrédula.

—No pensará llevar esto..., hasta el final —murmuró.

—¿Por qué no, señor Doyle? —sonrió Smith—. ¿Pensaba en una boda normal acaso? Nadie pagaría tanto a un novio si la desposada fuese una mujer vulgar, y menos aún siendo tan hermosa como lo es la señorita Cheryl.

—Pero esto es ridículo, absurdo... El reverendo tuvo razón, es incluso

monstruoso. Nadie puede casarse con una muerta. Ella..., ella no puede dar el sí tan siquiera.

—Eso no es problema, señor Doyle. Tengo aquí su asentimiento, escrito ante testigos —otro papel brotó de sus insondables bolsillos. Lo puso ante él y el reverendo.

Desmond pudo leer unas pocas palabras manuscritas, en bella letra cursiva, en el crujiente papel lacrado, con un sello aristocrático sobre el lacre:

« Yo acepto a este hombre por esposo desde más allá de la vida, hasta que su propia muerte le desligue de esta promesa».

Firmaba Cheryl Courteney. Y debajo, había dos firmas de testigos, ilegibles ambas, bajo el epígrafe: «Certificamos como testigos que lo aquí escrito lo ha sido por Cheryl Courteney en perfectas condiciones físicas y mentales». La fecha era el 11 de febrero de 1920, en Londres.

—Dudo que eso tenga valor legal para consagrar un matrimonio —objetó Doyle.

—Lo tiene para nosotros, y eso es lo que cuenta. El reverendo legitimará la unión como está prescrito. Un juez amigo mío la refrendará legalmente. Usted debe preocuparse solamente de hacer su parte, señor Doyle. Casarse con la señorita Cheryl.

El sudor perlaba la frente de Desmond. Era un sudor frío, pegajoso. Se secó con el pañuelo, y descubrió que sus manos temblaban.

—No puedo..., no puedo pasar la noche de bodas con..., con un cadáver— jadeó.

—Eso forma parte de su compromiso —le recordó Smith—. ¿O prefiere que volvamos a su casa y yo recoja el dinero que usted aceptó?

Desmond tragó saliva. Aquello era demencial, se dijo. Debía rechazarlo, huir de aquella siniestra casa como alma perseguida por el diablo. Pero huir, ¿adónde? ¿Cómo salir del pozo de humillación y vergüenza, cómo de la ruina y el fracaso? ¿Vuelta al revólver, a la bala piadosa?

Por otro lado, estaba aquella fortuna que le permitiría iniciar una nueva vida. Y todo a cambio de unirse en matrimonio a una mujer muerta, en una ceremonia ridícula y sin valor alguno ante la ley humana o divina. Pero también a cambio de toda una noche de novios junto a ella..., junto a un cadáver.

—¿Qué se espera que haga durante esa noche nupcial? —preguntó con voz quebrada.

—Eso es asunto suyo —replicó Smith—. Estará a solas con ella hasta el amanecer. Arriba espera la alcoba nupcial. Permanecerá junto a su esposa hasta que el sol asome sobre la ciudad. Entonces podrá irse. La noche es suya, señor Doyle. Y de ella, naturalmente. Nadie va a exigirle cosa alguna cuando la puerta de esa alcoba se cierre. Sólo

permanecer allí el plazo convenido. Eso será todo.

—Y una vez salga el sol, ¿podré irme de aquí para siempre?

—En efecto. Es lo convenido también, ¿no? Nunca más verá a la señorita Cheryl, que para entonces será ya la señora Doyle. Pero usted seguirá siendo su esposo hasta morir, no lo olvide.

—Está bien —se apoyó en una barandilla del altar, para dominar el temblor de sus piernas. Evitó mirar a la difunta—. Celebraré la boda. Adelante, reverendo. Acabemos cuanto antes esta macabra mascarada.

—Faltarán los testigos, los padrinos... —objetó débilmente el sacerdote.

—No se preocupe. El mayordomo y yo haremos todos esos papeles. Adelante con el ritual, reverendo Pearson. Es la hora de la ceremonia. Siguió toda una sucesión de trámites rituales que parecían cobrar un tinte alucinante, estremecedor, perdiendo todo su significado tierno y emotivo. Una boda con una hermosa muchacha como Cheryl Courteney habría sido en circunstancias normales un acto radiante y feliz para cualquier hombre. En aquel trance, la ceremonia revestía caracteres de aquellarre.

Pese a todo, el reverendo Pearson la llevó a cabo de forma tan seria que causaba escalofríos. Junto a Desmond, la novia difunta reposaba en su féretro, cerúlea y lejana, en medio de aquel tétrico olor a velones encendidos, a cera goteante.

Smith tenía los anillos. Puso uno a la novia y otro al novio. Luego, la mano de Desmond hubo de apoyarse en la de ella por unos momentos, a petición del reverendo. El joven dominó difícilmente un escalofrío.

La piel de aquella muchacha era puro hielo. Los dedos estaban rígidos y fríos. Creyó sentir una especie de calambre recorriendo su mano cuando la puso en la de ella, junto al ramo de azahar. El humo de los velones parecía penetrar en sus fosas nasales, invadiendo su cerebro con el olor a difuntos.

—... yo os declaro marido y mujer.

Ya estaba. Era el fin de la ceremonia. El reverendo Pearson, bajo la coacción, acababa de consumir un horrible sacrilegio en la capilla, la unión entre un ser vivo y una muerta.

Pero no. No era el fin. No todavía. La voz del sacerdote anglicano resonó huecamente bajo la bóveda de la capilla:

—Ahora, el novio besará a la novia...

Desmond Doyle apretó los labios. Sentía hielo en sus venas. Miró a Smith angustiadamente. Su anfitrión no le quitaba ojo. Afirmó con la cabeza.

El joven tragó saliva. Se inclinó sobre el ataúd. El cuerpo de la muerta despedía una mezcla inquietante de aromas, al confundirse el vago olor de los bálsamos funerarios con el de un perfume de rosas y el de su piel ya muerta. Poner sus labios en los de ella fue como besar

mármol. Se retiró vivamente, con un espasmo glacial que llegó a su nuca y erizó sus cabellos.

—Ya está —dijo roncamente. Y ni siquiera reconoció su propia voz.

—Mis felicitaciones a los novios —dijo Smith. No había sarcasmo ni burla en su voz, contra lo que se pudiera pensar. Alargó su mano a Doyle—. Enhorabuena. La señora Doyle debe sentirse muy dichosa en estos momentos, estoy seguro...

Desmond le miró como si dudara de la razón de aquel extraño individuo que, para unir en absurdo matrimonio a una difunta con un hombre vivo, había dilapidado diez mil guineas hasta ahora y, de ser cierta su palabra, le entregaría cinco mil más al amanecer, tras la alucinante noche de esponsales junto a una muerta.

El mayordomo, presente en la ceremonia como silencioso testigo, se encaminó al féretro de inmediato, comenzando a hacerlo rodar hacia el fondo lateral de la capilla, sobre el soporte con ruedas en que estaba acomodado.

—Bien, reverendo, ha cumplido su tarea —dijo Smith, tendiéndole los documentos prometidos, junto con un fajo de billetes—. He aquí la compensación a sus servicios.

El religioso tomó todo ello con mano temblorosa, y se apresuró a partir hacia la salida, como si algo en aquel recinto le espoleara a huir de inmediato. El féretro desapareció por una puertecilla disimulada tras unos tapices.

—Vamos, señor Doyle —invitó Smith suavemente—. Mientras su novia es subida a la cámara nupcial en el montacargas de que disponemos, nosotros iremos por la escalera principal. ¿Desea algo, una copa tal vez, un refrigerio?

—Sólo una copa de brandy —jadeó Desmond—. A ser posible, doble.

—Claro, claro. Es muy natural.

Caminaron juntos hasta el salón donde se hallaba el cuadro sobre la chimenea. Doyle no se atrevió a mirarlo ahora. Tomó de un trago la copa panzuda que le ofreció su anfitrión, casi llena de brandy. Smith le mostró la botella.

—No, gracias. No más —dijo con gesto seco Doyle—. En todo caso, deme esa botella para más adelante. Supongo que puedo llevarla conmigo arriba..., a la cámara nupcial...

—Si así lo desea... —el otro se encogió de hombros, entregándole la botella—. Bien, yo me retiro ya. Mañana no nos veremos. Pero tendrá su dinero esperándole, no tema. Buenas noches, señor Doyle. Feliz noche de esponsales.

Se ausentó tras una cortés inclinación, en silencio. Desmond apretó contra su cuerpo la botella mediada de buen brandy francés. Miró la escalera, estremecido. Vio aparecer arriba al mayordomo, siempre impasible.

—Todo dispuesto, señor —dijo—. Puede subir cuando guste. Vaciló. ¿Y si ahora partía de allí como alma que lleva el diablo, para no ver nunca más todo aquel horror sin sentido? ¿Y si rompía su palabra, renunciando a la noche junto al cuerpo de Cheryl Courteney, pero renunciando asimismo a las cinco mil guineas restantes?

Era tan fácil dar media vuelta, cruzar aquella puerta y escapar... Demasiado fácil, se dijo. Recordó cómo Smith había presionado implacablemente al reverendo Pearson. Sólo Dios o el diablo sabían qué era capaz de hacer aquel hombre inquietante, si alguien faltaba a su promesa.

Además, las diez mil guineas volarían enteras en saldar sus deudas. Se hallaría igual que antes. Sin acreedores, pero sin un penique. Y de este modo, cinco mil guineas serían la base para una segunda oportunidad que, posiblemente, pudiera aprovechar.

El precio de aquel dinero era terrible, pero peor era la miseria, la ruina, deambular por Londres sin oficio ni beneficio, sin saber adónde ir y con los bolsillos vacíos. Era lo malo de haber nacido rico, ser hijo de gentes rica, haber sido mimado en una vida superficial, brillante y falsa. No sabía hacer nada. No sabía ganarse una sola libra, hacer algún trabajo.

Comenzó a subir las escaleras. No tenía otro remedio.

Iba a pagar su precio por esa segunda oportunidad.

Cada paso, cada peldaño subido, le acercaban a una cámara nupcial de pesadilla, a una noche de esponsales macabra y terrorífica, junto al cadáver de una hermosa mujer que momentos antes había sido su novia.

Y que ahora era su esposa.

Le quedaban pocos cigarrillos. Sólo cuatro o cinco en el arrugado paquete.

Y menos de una quinta parte de la botella de brandy. Eso, solamente a las dos de la mañana. Aún le restaban por delante seis horas de noche, de vela junto al cuerpo tendido sobre la cama de suntuoso dosel y costosas sábanas de raso.

Desmond Doyle sentía dolor de cabeza. Le palpitaban las sienes. Se apartó de la ventana que asomaba al oscuro jardín rodeado por la verja. Seguía lloviendo afuera. Sin fuerza pero sin pausa. La neblina era espesa entre los setos y arbustos.

Un aire frío y húmedo agitaba las ramas de un árbol cercano a la ventana.

Regresó cerca del lecho nupcial. Reunió fuerzas para mirar a Cheryl Courteney, flamante señora Doyle después de muerta.

No sentía miedo de ella. Era demasiado hermosa, demasiado dulce de aspecto. Su ropa blanca de novia era como un sudario apacible, ingenuo y delicado. Yacía como si estuviese dormida, ajena por completo a la macabra farsa llevada a cabo tras de su marcha de este mundo.

¿Ajena por completo, realmente? Desmond dudó. No, ella sabía lo que iba a suceder después. En vida, escribió un documento dando el «sí» anticipado a una boda de ultratumba, escalofriante y terrible. De modo que ella sabía...

¿Por qué había hecho aquello? ¿Qué intenciones la guiaron en vida para dejar dispuesta esa ceremonia lúgubre y atroz? Porque, obviamente, el dinero era de ella. Ella pagó a un novio antes de morir. Inicialmente, Desmond había llegado a temer que todo fuera un fraude criminal, encaminado a mezclarle en algún inconfesable asunto de asesinato. Pero el tal Smith debió pensar en eso antes de contratarle. Allí, sobre una cómoda de la cámara nupcial, Doyle había encontrado un certificado médico, extendido aquel mismo día por un reputado galeno de Londres, el doctor Clive Stratton.

Por él se certificaba que Cheryl Courteney, de veinte años de edad, había fallecido víctima de un derrame cerebral repentino, causado por motivos naturales, tras una dolencia de varios meses.

La miró largamente, fumando nervioso, en pie ante la cama nupcial. Pobre muchacha... —pensó, expresando en voz alta esos pensamientos en un monólogo que ni él mismo oía—. Enferma a su edad. ¿Qué pasó por su mente durante la dolencia, para disponer los detalles de este horror antes de abandonar la vida? ¿Qué la impulsó a desear ser la

esposa de alguien, una vez muerta?

Ella no podía responderle. Yacía allí, rígida, envuelta en sus sedas y tules blancos, como una verdadera novia. Entre sus marfileñas manos, el ramo de azahar. En su dedo, el anillo de oro matrimonial.

En la sala no había ni una sola vela. Pero Doyle creía sentir aún en su olfato el aroma macabro de los velones ardiendo, de la cera caliente que olía a funeral, a muerte.

Se puso a pasear nuevamente por la estancia. Le resultaba imposible permanecer por mucho tiempo contemplando el cadáver sobre el lecho. Permanecer ante la novia muerta, dentro de la misma estancia, era demasiado para cualquiera. Empezaba a comprender por qué todo aquello se había pagado tan generosamente. Lo que no comprendía era el capricho macabro que justificase tal situación.

La boda, en sí, era ya una monstruosidad. Pero obligarle a permanecer allí, junto a la difunta, resultaba aún peor. E incluso más injustificado, más absurdo ¿Qué ganaba nadie con ello? ¿Por qué llevar las cosas tan lejos en aquella farsa horrible? ¿Acaso se pensaba que pasar junto a la novia muerta el resto de la noche de bodas significaba en cierto modo una consumación del propio e imposible matrimonio sobre un hombre vivo y una mujer sin vida? La sola idea de que le hubieran podido exigir la auténtica consumación con un cadáver le causaba escalofríos. No, no podían pensar siquiera que tan atroz aberración pudiera pasarle por la mente, ni aun estando a solas con su pareja. Ciertamente gozaba de una pésima fama como disoluto, mujeriego caprichoso, incluso depravado para algunas conciencias demasiado estrechas. Pero de eso a intentar siquiera un acto sexual con una muerta, existía un auténtico abismo insalvable.

De repente se volvió con brusquedad, rompiendo el hilo de sus pensamientos. Creía haber oído un crujido.

Era tan fácil que un viejo y pesado mueble crujiere en el silencio de la noche... Aun así, contempló la cama aprensivamente. Del dosel majestuoso descendían cortinajes recogidos, color marfil. Sobre las ropas yacía la virginal figura femenina, como dormida apaciblemente. Sólo que no estaba dormida, y él lo sabía.

Tuvo un leve sobresalto. Entornó los ojos, escudriñadores. ¿Se había movido el cadáver? Daba esa impresión al menos. Recordó que, durante un velatorio, resultaba fácil sugestionarse hasta el punto de creer que un cuerpo sin vida se movía. Eso debía haber sido, lógicamente. Ella no podía moverse.

¿Y sus párpados? ¿Estaban yertos, fríos e inmóviles? ¿O se agitaban a veces con el amago de un leve parpadeo? ¿Empezaba a sufrir alucinaciones, terrores infantiles? ¿Era tal la influencia de la muerte sobre los seres vivos?

—No, no debo dejarme dominar por el miedo, por la aprensión —

susurró entre dientes paseando de nuevo. Tuvo que aplastar rápidamente el cigarrillo en la alfombra, pisándolo luego con rabia. Le había quemado casi los dedos. Estaba nervioso, inquieto. Empezaba a sentirse demasiado influido por aquella horrible noche a solas con un cadáver.

Recurrió a la botella otra vez. No quedaba mucho brandy, pero tal vez fuera suficiente.

Unos minutos más tarde, apuraba la última gota. Notaba la neblina mental que el alcohol producía. Pero no estaba ebrio, ni siquiera mareado. La tensión era demasiado alta para que eso sucediera.

Encendió otro cigarrillo. Debía racionarlos, ya que no había sabido hacerlo con el brandy. No tenía demasiados para tan larga noche. Y no podía salir de allí en busca de licor o de tabaco. Eso rompería el pacto. Y las cinco mil guineas se esfumarían para siempre en la nada. Era preciso seguir adelante, resistir hasta el final.

Se sentó en un escabel, no lejos del lecho. Desde allí podía ver de perfil el cuerpo extendido, rígido, vestido de blanco. Respiró hondo, expulsando luego el humo del cigarrillo con una tos nerviosa.

Parecía como si el torso de la joven Cheryl, bajo el raso blanco, se moviera acompasado, en una imposible respiración. Sólo lo parecía, claro. Era otra de esas sensaciones que producen los cadáveres cuando se les contempla largamente.

Apenas si eran visibles dentro de sus fosas nasales los pequeños algodones que impedían la salida de líquidos al exterior, tras el derrame cerebral y la defunción. El macabro detalle le hizo estremecer.

Para apartar de su mente lo más posible aquellos tétricos pensamientos, se hizo preguntas sobre la muerta. ¿Cuál fue realmente su existencia, cuáles sus aficiones, sus gustos? ¿Y sus sueños para el futuro, truncado trágicamente por la enfermedad y la muerte? ¿Quién fue, realmente, Cheryl Courteney, hasta el día en que escribiera aquellas demenciales líneas manuscritas dando su conformidad previa a una boda alucinante más allá de la tumba?

Sin duda llegó a reír, a ser feliz, a divertirse. O a llorar en una rabieta, a enfadarse, a soñar, a bailar...

Y allí terminaba todo. En una mortaja y un féretro. Más tarde, sería un panteón tal vez suntuoso el que las acogiera. Los Courteney sin duda tuvieron siempre dinero, mucho dinero. Pero, ¿quiénes serían los Courteney, dónde se hallaba situada esta casona victoriana en la que ahora consumía él las horas interminables de tan espantosa noche de esponsales?

Olfateó el aire un momento, volviendo a quebrar el curso de sus reflexiones. El olor esta vez no le gustaba. Era peor que el de la cera, peor que el de los viejos muebles o telas rancias.

Olía a muerte.

A muerte real, casi tangible. A descomposición.

Se puso en pie de un salto, corrió junto al lecho nupcial alarmado. Aquello sería demasiado, pensó. No podía empezar ya el proceso de corrupción del cadáver. No tan pronto, por Dios, rogó mentalmente, tras mirar la hora y comprobar que aún le quedaban más de cinco horas de velada.

Miró de cerca las mejillas de la difunta. Incluso alargó una mano algo insegura y rozó con la yema de sus dedos la piel de la joven.

El escalofrío recorrió su espina dorsal al contacto con aquel frío que helaba el alma.

Parecían iniciarse, ciertamente, síntomas leves de descomposición. La piel tersa mostraba algunas sombras oscuras en pómulos y mejillas, indicio de que bajo la epidermis comenzaba el irreversible proceso final de todo cuerpo muerto. Un vago aroma a putrefacción comenzaría a sentirse pronto en la cámara. Aquella primera impresión era sólo el principio de otro horrible aspecto de la prueba.

Buscó en vano perfumes sobre un tocador polvoriento, que la novia jamás utilizaría para realzar su belleza. Un espejo oval le devolvió su propia imagen, alterada por la palidez y la angustia. Tenía los ojos enrojecidos, la boca contraída y los cabellos ligeramente desordenados.

—¿Por qué aceptaría esta locura? —gimió—. ¿Por qué? ¿Hay algún dinero en el mundo que merezca la pena de semejante calvario?

Una vez más había sido débil, se dejó llevar por sus flaquezas humanas: el ansia de aferrarse a una vida que ya apenas si valía nada, la codicia, el anhelo de una existencia mejor y más confortable, la posibilidad tal vez ficticia de una segunda oportunidad que le purificase de tantas torpezas, de tantos excesos.

Y todo eso, por dinero. Simple dinero, a cambio de una parte de sí mismo, de su propia dignidad ya maltrecha, de su arrogancia de hombre, de su conciencia, si es que aún quedaba alguna en su cuerpo azotado por el alcohol, la fatiga, el sueño y los excesos sexuales en mil lupanares y alcobas de la ciudad.

—Eres un maldito ser despreciable, Desmond Doyle —se dijo a sí mismo, contemplándose en aquel espejo de superficie desigual y polvoriento—. Te está bien empleado todo esto. Tal vez el Destino se haya querido mofar de ti, castigarte por tus pecados, como dicen esos asquerosos puritanos, incapaces de quitar la máscara a sus hipocresías. Aquella bala alemana en la trinchera francesa debió acabar contigo antes de que cayeras tan bajo. Al menos habrías sido un Doyle que dio la vida por la Patria en el barro ensangrentado de Europa. Mientras que ahora, ¿qué eres? Un despreciable gusano incapaz de reaccionar con valentía, con dignidad. Te has vendido a una especie de diablo

llamado Smith, que te compró a buen precio para hacer de ti un guiñapo grotesco en una farsa irreverente y siniestra, digna de la mente enfermiza y alcohólica de Poe. ¿De qué puedes quejarte? ¿A quién censurar todo esto, sino a ti mismo, que aceptaste un papel en la horrible comedia?

Y rompió a reír. A reír como un loco, un borracho o un histérico. Ni siquiera era el alcohol el que le hacía reír así. No quería reconocerlo, pero tal vez era el miedo más que el desprecio a sí mismo. Sus carcajadas resonaban hirientes en la habitación, retumbando en los muros con ecos profanos, como si estuviera insultando con su desquiciada hilaridad la presencia de un cuerpo sin vida.

—No debo hacerlo... —se dejó caer de nuevo en un asiento, dominando su histerismo y su risa—. No debo dejarme llevar por impulsos así, o saldré de aquí mañana derecho al manicomio. No, no puedo permitir que la locura me domine...

Se serenó un poco, no demasiado. A través del espejo podía vislumbrar la forma rígida y blanca en la cama. El olor a descomposición aumentaba por momentos, cargando más aún la densa atmósfera de la estancia.

Miró casi con avidez la puerta cerrada, la llave girada en la cerradura, el pomo de la misma. Deseó correr a ella, tirar de ese pomo y huir, huir muy lejos, en la noche, recibiendo la caricia de la lluvia en el rostro, sintiendo la humedad pastosa de la bruma en la piel y en sus ropas. Cualquier cosa sería mejor que seguir allí, sufriendo aquel martirio lento e implacable sobre sus sentidos.

No tuvo valor. No quiso jugarse el todo por el todo.

Esperó. Soportaría el resto de la noche interminable. Dejó caer la cabeza sobre el pecho, respiró hondo.

—Descuida, Cheryl, esposa mía —dijo con tono casi sarcástico—. Me quedo. No voy a abandonarte en tu noche de bodas. Cumpliré hasta el final, y que luego Dios o el diablo me lleven, si es su deseo. Me quedo. Palabra, Cheryl Doyle...

Le pareció casi una burla hablar así a la difunta. De nuevo un crujido del lecho respondió a sus palabras. Ni se atrevió a mirar. Su mente podía hacerle incluso pensar que ella se movía, que se levantaba sonriente, con sus ojos abiertos, medio descompuestos ya, con su sonrisa mostrando las encías grisáceas sobre la dentadura impoluta, con sus fosas nasales destilando hilillos de sustancia fétida.

Cerró los ojos, apretó los puños, impotente ante sus propios terrores. Nada le habría sorprendido sentir sobre sus hombros el roce de unas manos, el helado contacto de unos dedos femeninos sobre la nuca... Pero no ocurrió nada de eso, por fortuna para él. Todo siguió igual entre los muros de aquella estancia.

Y las horas fueron pasando, lentas, interminables, agotadoras...

Ya clareaba.

—¡El día! —clamó con voz ronca y agotada Desmond Doyle, precipitándose hacia la ventana casi incrédulo—. ¡Ya llegó! ¡Amanece, Dios mío!

Era un día poco optimista. Pero le pareció el más radiante amanecer. A pesar de la llovizna, de la niebla, del aire desapacible que hacía temblar los arbustos del jardín. La luz grisácea, casi sucia, cayó sobre las vidrieras mojadas por la lluvia de toda una noche, arrancando algunos reflejos a la estancia. Las sombras parecieron huir, despavoridas como almas condenadas que huyen ante el nuevo día tras su aquellarre nocturno.

La luz eléctrica de la alcoba se difuminó, amarillenta, entre las lívidas claridades del agrio amanecer. Desmond Doyle respiró hondo, la mirada fija en la distancia, tratando de vislumbrar, de intuir al menos, los tejados de Londres allá en la bruma, tras las casi invisibles verjas metálicas que rodeaban la mansión. Esperando que una mayor claridad en la mañana acusara la salida del sol tras la niebla.

Cuando eso sucedió, parte de la bruma pareció despejarse. Un nimbo dorado, tenue pero perceptible, pareció rasgar los velos grises del alba. Era el día. Era el sol, al fin.

Trémula, emocionado, dio media vuelta. Fue a por su chaqueta, colgada de una silla. Dirigió una mirada a la difunta. Las huellas parduzcas en sus mejillas eran muy acentuadas ya. El aire olía a podrido. La botella vacía de brandy aparecía caída en un rincón, la alfombra salpicada de cigarrillos consumidos, manchas de ceniza por doquier. Eran los recuerdos de una noche de pesadilla que, al fin, se había quedado atrás para siempre.

Doyle caminó hacia la puerta sin volver a mirar a la joven muerta. Se detuvo un momento, sin embargo, con la mano en el pomo, tras girar la llave. Habló sin volver la cabeza:

—Adiós, Cheryl Doyle. Nuestro enlace matrimonial se ha cumplido. Nunca más volveré a verte. Pero yo he estado a tu lado toda esta noche, como prometí. Espero que eso, donde ahora estás, te sirva de algo. Y perdona si llegué a sentir miedo. Soy humano, después de todo.

Salió de la estancia, enfrentándose al corredor desierto, alumbrado solamente por la luz diurna tras los ventanales cubiertos de cortinajes. Caminó hacia la salida con rapidez.

Abajo, en el vestíbulo, encontró su abrigo colgado de la percha. Junto a él, sobre un mueble, un sobre cerrado a su nombre. Bastante abultado.

Lo abrió. Contenía un fajo de billetes de elevado valor. Y un papel escrito a mano con unas pocas palabras:

«Lo prometido. Adiós, señor Doyle. No olvide que Cheryl es ahora su

esposa.»

Estrujó el papel con ira. Lo arrojó contra la pared y salió rápidamente de la casa, sin ver por parte alguna el menor rastro del mayordomo o del misterioso señor Smith. Pisó el sendero de gravilla, empapado de lluvia. No vio por parte alguna la forma cuadrangular del oscuro Pierce Arrow de 1919. Tuvo que ir por su pie hasta la verja, cuya puerta estaba entreabierta, como una invitación a la libertad, a la liberación definitiva.

La cruzó con un suspiro de alivio. Incluso el pavimento de Londres, encharcado y sucio, le pareció maravilloso. Se sumergió en la niebla, alejándose a toda prisa del edificio. Algo más allá encontró un carruaje de punto tirado por caballos, de los que hacían el servicio público por la ciudad, alternando con los automóviles.

Lo tomó, dándole las señas de su domicilio. Mientras la mansión de Cheryl Courteney quedaba atrás definitivamente, hundiéndose en la bruma matinal como un mal sueño, Desmond averiguó al fin que se había hallado durante toda aquella obsesiva noche en una céntrica zona residencial de Regent's Park. El señor Smith le había desorientado totalmente, al volante de su Pierce Arrow.

A medida que regresaba a Mayfair en el viejo y tradicional coche de caballos, el sol iba abriéndose paso por entre la bruma, hasta hacer de la mañana un prometedor inicio soleado y tibio que iba sacando la lluvia en las calles de Londres.

Charles Heyward llenó su copa de Oporto con parsimonia, como lo hacía siempre. Luego, se volvió hacia su amigo, con un gesto serio que no era habitual en él.

—De modo que te marchas —dijo.

—Sí —suspiró Desmond—. Tengo que irme, Charlie. Lo más lejos posible.

—Entiendo. Deseas olvidar.

—Supongo que sí.

—¿Podrás hacerlo?

—No lo sé. Al menos, debo intentarlo. En Londres me sería imposible.

—Nunca hubiera esperado oír eso de ti. Londres te parecía único, lo mejor del mundo.

—He cambiado mucho.

—Ya lo he notado. No bebes apenas, no te vas de juerga, no juegas en los casinos... Estás desconocido, Desmond.

—Quizá. He reflexionado mucho últimamente. Creo que seguir aquella vida no conducía a nada.

—De modo que ese suceso horrible ha sido como una lección para ti.

—Algo así. Me ha hecho contemplar mi vida anterior y rectificar a tiempo. No volveré a arruinarme por mi mala cabeza, eso seguro.

—Sospecho que no existe la menor posibilidad de ello, querido amigo —rio con buen humor Charles—. Tus cinco mil guineas te están reportando unas saneadas rentas que sobrepasan tus gastos. Nadie habría pensado algo así de Desmond Doyle hace unos meses.

—Lo sé. Ni yo mismo, te lo confieso —Doyle meneó la cabeza, contemplando Berkeley Square desde el ventanal de su living—. Ya no debo nada a nadie y sé dominar mis emociones y mis pasiones. Es algo milagroso.

—Yo siempre he dicho que el hombre casado siempre sienta la cabeza —bromeó Charles tomando un sorbo de Oporto.

—Por favor, no bromees con eso —le pidió rápidamente Desmond con gesto sombrío—. No hables de ello, te lo ruego.

—Perdona. Soy un necio. No debí mencionar eso, y menos aún en plan de chanza.

—No es que quiera olvidarlo. Sé que eso es difícil. Pero no me gusta gastar bromas sobre algo tan desagradable.

—Una mujer viva te habría hecho olvidar mucho más deprisa. ¿Por qué no aceptaste a Eileen? Ella volvía a ti.

—Eileen Haversham —suspiró Doyle con irritación—. Claro, su postura era muy cómoda. Y la de su familia. Cuando las deudas me

agobiaban, ella rompió su compromiso conmigo y sus padres me reclamaron judicialmente el pago de lo adeudado. Cuando tú les devolviste aquel día hasta el último penique y yo reaparecí con una pequeña fortuna en mis manos, la bella Eileen rectificó, volviendo a mí generosamente. No, gracias. No me gustan las mujeres egoístas, las que le abandonan a uno en los malos momentos, Charlie. Nunca más volveré a acercarme a ella, te lo prometo.

—Quizá tengas razón. Ha sido un buen escarmiento para ella y sus parientes, desde luego.

Paseó por la estancia, saboreando el contenido de su copa mientras Desmond contemplaba a los paseantes en la soleada tarde primaveral de Mayfair. De pronto, se detuvo e hizo una pregunta, sin mirar a su amigo:

—Por cierto... ¿encontraste la..., la tumba?

Desmond se estremeció. Tardó un poco en contestar.

—Si —musitó al fin—. La encontré.

—No me hablaste de ello.

—¿Para qué? Era una tumba como cualquier otra. Todas son iguales. ¿Dónde está?

—En Saint John's Burial Garden, en la iglesia de Wellington Road. Es una tumba sencilla. Una lápida y una cruz, eso es todo.

—¿Tiene su nombre inscrito?

—Sí.

—¿Qué nombre, Desmond? —Charles Heyward se volvió hacia él ahora.

—Cheryl Doyle —Desmond tragó saliva—. Muerta el once de febrero de 1920, a los veinte años de edad. Su esposo no la olvida. Eso dice la lápida, Charlie.

—Ya —Heyward se acercó a su amigo mirándole con fijeza—. ¿Vive alguien en la mansión de Regent's Park?

—No, nadie. Está cerrada, abandonada. Los vecinos no han visto a nadie por allí últimamente. La casa, dicen, siempre tuvo mala fama.

—¿Por qué?

—Bueno, al lado hay una empresa de pompas fúnebres. Pero eso no es todo. Dicen que en tiempos de la Reina Victoria la habitó una familia extraña y algo misteriosa, los Cavanaugh. Luego la ocuparon los Courteney.

—¿Cómo eran ellos?

—Nadie me lo ha querido decir. Eluden comentarlo, salen con evasivas. Sólo logré saber que los padres de Cheryl murieron en un naufragio y ella se quedó sola con su servidumbre y su administrador y tutor, un tal Harry Oxley, aunque creo que tenía algún familiar en las Colonias. Allí vivió de ese modo hasta el día de su repentino fallecimiento.

—¿Supones que este tutor, Harry Oxley, fuese tu misterioso «señor Smith»?

—Es muy posible que fuera él, sí. Pero si lo era, jamás ha vuelto tampoco a la finca. Ni él, ni el mayordomo. La casa está en venta. La inmobiliaria que tramita el asunto nada sabe o nada quiere decir.

—Sí que fue un asunto extraño y oscuro, Desmond.

—Lo fue, sin duda alguna. Y sigue siéndolo, Charlie.

—Si los Courteney eran ricos, podrías incluso pedir tu herencia legal, como esposo de Cheryl Courteney... —se detuvo al ver el gesto de su amigo—. Perdona, no debí decir eso tampoco, pero esta vez no bromeaba. Legalmente, tienes derecho a ello, supongo.

—Legalmente, estoy tan soltero como antes, tú lo sabes —se irritó Doyle—. Nadie puede casarse con un cadáver. Ese matrimonio es nulo por sí mismo, es una simple locura sin sentido.

—Una locura que se te pagó muy bien, Desmond. Me pregunto por qué.

—Yo también. Pero no encuentro respuesta. Tal vez todos estaban locos en esa casa, no sé. Lo importante ahora es tratar de olvidar. Y es lo que haré. Lejos de aquí, ausente de Londres por unos meses o unos años, no sé aún.

—¿Y adónde piensas ir?

—Muy lejos, ya te lo dije. A América. A Nueva York.

—¡Nueva York! —se sorprendió Heyward—. Nunca imaginé que fueses tan lejos, Desmond.

—Aquella tierra es diferente. Se trata de otro mundo. Puede que sirva.

—Servirá, estoy seguro. Pero voy a echarte mucho de menos. ¿Cuándo será el viaje?

—La semana próxima. Ya tengo reservado pasaje en un transatlántico. Te escribiré en cuanto llegue, para que sepas adónde dirigirme tus cartas.

—Espero que lo hagas. Eres mi mejor amigo, quizá el único —suspiró Charles apoyando una mano en su hombro afectuosamente—. Mi querido Desmond, a pesar de todo me alegro por ti. Ese viaje puede hacerte mucho bien en el futuro.

—Con esa esperanza lo hago —el gesto taciturno de Doyle se iluminó repentinamente—. Pero dejemos las tristezas de la despedida ahora. ¿Qué tal si salimos un poco por ahí? No volveré al juego ni a los prostíbulos, pero Londres tiene muchas otras diversiones que merecen la pena, ¿no te parece?

—Desde luego —aceptó Heyward entusiasmado—. Eso es diferente, amigo mío. Empiezas a parecerte ya un poco más al viejo Desmond Doyle que yo conocía. Vamos a divertirnos un poco por la ciudad, aunque sea según tus nuevas costumbres honestas y morigeradas.

El transatlántico abandonó el puerto de Southampton.

En el muelle quedó la gente que había ido a despedir a los pasajeros. Entre ellos, Charles Heyward agitando su mano al ya invisible Doyle asomado a la borda. Poco a poco, el buque fue adentrándose en el mar. El humo formaba un penacho sobre sus tres chimeneas.

Charles regresó a su flamante Ford Coupé, adquirido gracias a que Desmond le había podido devolver también a él sus deudas unos meses atrás.

Al abrir la portezuela, una voz femenina le hizo girar la cabeza.

—Hola, Charles —le saludaron.

Miró a la que hablaba. Vestía un gracioso traje de seda con casquete de igual tejido, salpicado de pedrería. Un abrigo de pieles cubría sus hombros a pesar de que el día era primaveral.

—Hola, Eileen —respondió Charles, galante, quitándose el sombrero de paje con cortés inclinación—. No sabía que hubieras venido a despedir a Desmond...

—Él tampoco lo sabía. No me dejé ver. Pero le vi abrazarte y subir la pasarela hasta llegar a bordo —había una leve humedad en los ojos pardos de la joven de pelo castaño y labios pintados de rojo oscuro—. Tuve que dominarme mucho para no correr a darle también un abrazo.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Él no lo habría aceptado. Está dolido conmigo. Y con mis padres. Es justo. Yo rompí con él por culpa de ellos. Pero eso no me exime de culpa. Debí estar a su lado entonces, y en vez de eso le abandoné cobardemente. Tiene toda la razón para odiarme.

—Él no te odia, Eileen. Sólo se busca a sí mismo. Por eso emprende ese viaje.

—Me desprecia, que es peor. Pero nunca imaginé que abandonaría Londres. ¿Qué le ha ocurrido realmente, Charles?

—No sé —se evadió él—. Imagino que el trance sufrido antes de su nuevo cambio de fortuna le ha dejado huella. Es natural, ¿no?

—¿Cómo pudo cambiarle así la fortuna? —preguntó ella, inquisitiva, clavando sus ojos en él—. No tiene sentido. Estaba totalmente arruinado. Ahora, no sólo ha saldado todas sus deudas, sino que dispone de dinero abundante. ¿Acaso hizo algo malo?

—No, no —rio Charles—. No temas, no hizo nada reproable. Al contrario, ha cambiado mucho. Ya no es el de antes. No bebe apenas, no dilapida su dinero, no se corre juergas por ahí... Es otro hombre. Debemos alegrarnos por él.

—Yo me alegro, Charles, pero...

—Pero, ¿qué? —preguntó él, mirándola con fijeza.

—No sé... —de repente asomó algo a los ojos de la joven. Algo parecido al miedo—. He tenido un sueño repetido últimamente... Estoy asustada, Charles.

—¿Asustada por un sueño? —preguntó él, sorprendido.

—Sí. Es una horrible pesadilla. En ella aparece Desmond, que se aleja de mí... Y siempre va con la misma mujer... Una hermosa joven, de cabello negro, ojos oscuros, intensamente pálida, tan bella como fantasmal. Viste de novia y va del brazo de Desmond, caminando hacia alguna parte. Yo llamo a Desmond repetidamente, pero él parece no oírme. De pronto, es ella quien se vuelve y me mira... Sonríe..., y su cara ya no es hermosa ni pálida. Es una horrenda calavera... Después, los dos se hunden en una tumba abierta..., y en ese punto me despierto. El sueño se ha repetido ya tres o cuatro veces, Charles.

Estaba tan ensimismada contando su pesadilla, que ni siquiera captó la palidez repentina de Heyward, ni la expresión aterrada de sus ojos. El joven tragó saliva y logró articular unas pocas palabras precipitadas mientras subía a su coche:

—Es tarde, debo irme —se excusó—. Debes olvidar esos sueños, sólo son pesadillas sin sentido... ¿Te llevo a alguna parte?

—No, gracias —rechazó ella tristemente—. Tengo ahí mi propio coche, Charles. Perdona si te he molestado con mis tonterías. Pero no puedo evitarlo. Tengo miedo...

Él hizo un comentario risueño y trivial, un gesto de despedida, y arrancó. Al alejarse de Eileen Haversham, su rostro en cambio era sombrío.

Dios mío... —murmuró—. Ese sueño... La descripción de la mujer..., corresponde exactamente a Cheryl Courteney... Menos mal que Desmond no llegó a oírlo.

Abigail Chandler era feliz.

Daba vueltas y vueltas por la habitación, radiante, cantando alegremente entre dientes, la expresión risueña, los ojos iluminados.

—Es el día, tía Emma... ¡Es mi día! —clamaba con entusiasmo, sin dejar de danzar—. Me siento tan dichosa que no puedo contenerme.

—No seas chiquilla —sonrió su tía bondadosamente—. ¿Qué pensará tu prometido, si te ve haciendo todo esto?

—Oh, tía, él lo comprenderá. Lo comprende todo, es adorable. Le amo locamente, me siento llena de felicidad a su lado. Y tan protegida... Sé que él jamás me abandonará. Que a su lado no puedo correr ningún peligro.

Al dar vueltas, su rubia cabellera flotaba como una guedeja de oro al aire libre, dando a su rostro juvenil un aire casi aniñado. La resplandeciente alegría que iluminaba su bonita cara la hacía aparecer aún más bella y más dulce que nunca. Los azules ojos eran dos destellos radiantes.

—Déjate de palabrería ahora, y empieza a vestirme de una vez —pidió su tía Emma severamente, aunque con la sonrisa bailándole en las amables pupilas, tan celestes como las de su sobrina—. Se aproxima la hora y el novio puede impacientarse si la novia no llega puntual a la cita ante el altar. Supongo que no querrás quedarte compuesta y sin boda, precisamente por tanto dar rienda suelta a tu alegría.

— Cielos, tía Emma, tienes razón —murmuró, apurada, mordiéndose el gordezuelo labio inferior y dejando de tararear el charleston de moda—. Qué loca soy. Ni siquiera me daba cuenta de la hora que es ya...

Corrió presurosa al armario y empezó a sacar ropa de él. La puerta se abrió, y una doncella entró llevando en sus brazos el traje de novia. Comenzaron los preparativos apresurados, bajo la sabia dirección de la tía Emma.

Atolondrada y feliz, la joven Abigail se equivocaba constantemente, demorando así el momento de estar lista para la ceremonia.

Su tía la reprendió con severidad:

—Si no te estás quieta, no podré hacer nada contigo. ¿Quieres ser formal de una vez por todas, criatura, y dejarte vestir? A este paso, novio e invitados van a ver crecer su barba considerablemente. Y no hablemos nada del reverendo.

Abigail rio, pero apresurándose a mostrarse más formal. Gracias a ello, minutos más tarde, una resplandeciente novia rubia, de tez sonrosada y expresión feliz, salía de casa de los Chandler, en la Quinta Avenida

neoyorquina, rumbo a la capilla de la Calle Cuarenta y Tres, donde iba a celebrarse la ceremonia de esponsales. Un lujoso y flamante Packard rojo, descapotable, de blancos neumáticos, aguardaba a la puerta, para conducir a la novia hasta el lugar de la boda.

A la entrada de la capilla, junto a un blanco y suntuoso modelo de Kissel Roadster, también descapotable, aguardaba enfundado en su chaqué el novio, mirando impaciente la hora, mientras el órgano, dentro del templo, repetía la Marcha Nupcial de Mendelssohn una y otra vez, a la espera de la novia y su padrino.

Cuando el Packard rojo apareció por la esquina cercana, el novio y los demás invitados lanzaron un suspiro de alivio. En el vehículo llegaba la novia, en compañía de su tía Emma, de su tío Zachary, el padrino, y de varias invitadas amigas.

—Ya está ahí —suspiró Desmond Doyle, volviéndose a la elegante dama que permanecía junto a él, con el velo alzado sobre el rostro, bajo el elegante sombrero de plumas. Sus manos, enguantadas en terciopelo gris, jugueteaban nerviosas con un collar de perlas de varias vueltas. El novio añadió, arreglando algo nervioso su corbata de plastrón—: ¿Está todo en orden, querida madrina?

—Sí, Desmond —sonrió la dama risueñamente—. No temas, estás guapísimo. La novia no va a abandonarte al pie del altar, estoy segura de ello. ¡Qué más quisiera yo, para suplirla de inmediato!

—Qué cosas tiene, señora Foster —rio Doyle de buen humor, apretando afectuosamente un brazo de la dama—. Sabe que la adoro, pero no del modo que a Abby. Es usted una amiga admirable y maravillosa, a quien debo haber conocido a ese encanto de muchacha.

—Así son las cosas —suspiró la elegante madrina—. Yo os presento en mi fiesta, y acabáis casándoos. Nunca pensé ser una buena casamentera, la verdad. Hasta hace poco, era yo quien conquistaba a los jóvenes atractivos como tú, pero se ve que los años no perdonan.

—Mi querida Jane Foster, sabe que sigue siendo la más hermosa mujer de esta ciudad ponderó Doyle—, Sólo que yo..., me he enamorado como un colegial, eso es todo. Sepa que mi primera tentación en aquella fiesta fue para usted. Pero apareció ella, y todo cambió.

—Embustero —le reprendió ella jovialmente—. Eres adorable. Desmond. Creo que Abby tiene una gran suerte al ser tu esposa. Se lleva a un hombre magnífico. Y conste que los ingleses nunca me cayeron demasiado bien.

—Será porque yo tengo ascendencia escocesa —rio Doyle, encaminándose al interior del templo antes de que el Packard se detuviera delante del mismo con la novia. Su madrina, y socio comercial en sus numerosos negocios en los Estados Unidos, Jane Foster, se apresuró a ir con él, cogida de su brazo.

Fue una boda deslumbrante, en pleno corazón de Nueva York, aquella

radiante mañana de 1929. Un hombre rico, emprendedor y audaz, codiciado por todas las mujeres casaderas de la ciudad, había elegido esposa en la persona de una muchacha de buena familia bostoniana, con residencia en la ciudad de los rascacielos, Abigail Chandler. Era un enlace casi de novela, un auténtico romance como podía verse en cualquier película romántica de los cinematográficos del país.

Allí, ante el altar, juntos el uno al lado del otro, la belleza rubia y adolescente de Abigail y la firmeza de un Desmond Doyle en la cumbre de su juventud madura y experta, formaban una pareja perfecta, de verdadera aureola romántica. El reverendo iba desgranando las previas advertencias al matrimonio, para terminar con la frase ritual en tale casos:

—... Y si aquí hubiera alguien que conociera algún impedimento para que esta boda se celebrase, que lo diga ahora en nombre del Señor, antes de que este hombre y esta mujer queden unidos en matrimonio.

Una pausa. Abigail sonreía bajo su blanco velo sutil. Desmond, de repente, tuvo un escalofrío. Se puso rígido dentro de su chaqué. Y no pudo evitar mirar atrás, como si temiera que alguien, bajo la bóveda del templo, pudiera replicar a esa frase alegando algún terrible motivo para impedir aquella boda.

Eran sólo unos escasos segundos. Pero parecían siglos para el novio, cuyos ojos, por encima del brazo, recorrían las filas prietas de testigos, para sorpresa de su madrina, Jane Foster, que no entendía su actitud.

Nadie alzó la voz. Nadie se incorporó para protestar en el templo.

Pero en alguna parte, una puerta golpeó bruscamente al cerrarse. Una leve corriente de aire cruzó la capilla, agitando las blancas ropas de la novia.

Desmond tembló. Aquel aire parecía extrañamente frío, como si llegase de algún lugar húmedo y oscuro. Miró a Abigail de soslayo, apretando los labios.

Casi lanzó un grito de terror.

¡Aquel rostro!...

Una faz suave, pálida, tersa... Un cabello negro bajo el velo de novia y unos profundos ojos oscuros fijos en él con obsesiva intensidad. Color de cera, rigidez marmórea, algodones en sus fosas nasales, unas manchas en las mejillas...

La alucinación duró un segundo. Notó las manos sudorosas, frías, el temblor en sus rodillas...

—Desmond, querido, ¿te encuentras bien?

Era ella. Abigail. Su voz. Su rostro. Seguía siendo dulce, rubia, infantil casi. Los ojos eran azules, no negros. Ni rigidez, ni color mortuorio, ni macabros detalles cadavéricos...

—No nada —jadeó con voz ahogada—. No es nada, Abby. La emoción, creo...

Ella sonrió dulcemente. El reverendo continuaba su plática. Les estaba desposando. Ya nada tenía remedio. El fantasma de Cheryl Courteney quedaba atrás definitivamente para siempre.

Ésta sí era una boda real, el enlace con un ser lleno de vida...

Ya no había corrientes de aire. Ni portazos. Pero los había habido en cierto momento, inexplicablemente. Eso no podía olvidarlo.

—Tonterías —murmuró mentalmente—. Simple imaginación. En cualquier momento puede producirse una corriente, una puerta que se cierra.

—Desmond Doyle, ¿quieres por esposa a Abigail Chandler y prometes amarla y respetarla hasta que la muerte os separe?

Era a él a quien tocaba responder. Salió de su abstracción para responder en un murmullo, mirando a los ojos celestes de Abigail:

—Sí, quiero.

Luego le tocó a ella. Y el reverendo les declaró marido y mujer tras ponerse los anillos. Cuando sus labios se unieron en el beso ritual, Desmond evocó un lejano y frío recuerdo, el contacto de su boca con otra boca helada, yerta...

Volvió a estremecerse. Abigail pensó sin duda que de felicidad. Pero también era de temor, aunque ella no lo supiera. Temor a algo que ni siquiera sabía lo que era.

La apretó con fuerza contra sí.

Como queriendo proteger a su flamante esposa de algo oculto y siniestro.

—Eh, ya basta —rio la voz de Jane Foster junto a ellos—. Dejad algo para la noche de bodas, querido.

Hubo risas. Se separaron. La madrina besó a la novia. Desmond sintió su mano apretada por el tío y padrino de Abigail. Sonrió a todos, mecánicamente.

Una frase acababa de despertar de nuevo sus temores, sus recelos, su oculta angustia de años.

La noche de bodas...

No, no quería recordar eso otra vez. No aquella noche de bodas perdida en el tiempo, nueve años atrás, cuando él era aún el joven disoluto y alocado que acabó en la ruina y el fracaso.

Luego, se vio llevado en volandas hacia la salida del templo, de la mano de su novia, rodeados de la simpatía popular. Eludió a algunos periodistas que querían información de un novio tan conocido en los círculos mercantiles y financieros de la ciudad, un hombre con peso específico dentro de Wall Street.

Poco después, Abigail había cambiado su Packard rojo por el blanco Roadster Kissel de su flamante marido, del mismo modo que su apellido Chandler había cambiado por el de Doyle.

Y rodando sobre el elegante y deportivo vehículo, se alejaron hacia la

Quinta Avenida, Manhattan abajo, en dirección al barco que les esperaba en el muelle para iniciar su viaje de bodas, su luna de miel en Europa. Invitados, padrinos, curiosos y reporteros, quedaron atrás. La joven pareja se quedó sola consigo misma, Desmond al volante y su joven esposa al lado, mirándole arrobada.

—Te amo, Desmond —musitó tiernamente, apoyando sus delicadas manos en el brazo de él.

—Y yo a ti, querida —respondió Doyle con expresión de ternura en su rostro al volverse hacia ella, aprovechando un semáforo en rojo—. Voy a ser muy feliz, lo sé.

—Yo también. A tu lado será como vivir un sueño, no una simple vida vulgar, estoy segura.

—Ojalá pueda darte toda esa felicidad que tú mereces, Abby.

—Me la darás, estoy convencida de ello. Y yo haré lo imposible por devolverte parte de ella, amor mío.

—No necesitas hacer nada para eso. Soy feliz sólo con verte, con tenerte a mi lado.

—Desmond...

—Abby...

El semáforo se abrió para ellos. Siguieron rodando hacia los muelles donde el transatlántico partiría aquella misma tarde hacia Europa, llevando al señor y la señora. Doyle en una suite nupcial de a bordo.

Su destino era Francia, Italia, Portugal...

Hasta que Abigail, ya en Europa, cuando su luna de miel iba tocando a su fin, expresó a Desmond el deseo que él menos hubiera deseado ver reflejado en labios de su mujer:

—Querido, me muero de ganas por conocer tu país. Vamos a ir a Londres, ¿verdad? No te perdonaría que me dejaras sin conocerlo, ahora que estamos tan cerca...

Desmond dominó lo mejor posible su desasosiego, su contrariedad interior. No podía negarle aquello. Ella sabía de la presencia de su amigo Charles Heyward, de su vida juvenil en la capital británica,

—Está bien, querida —murmuró tras unos instantes de duda—. Iremos a Londres, por supuesto. Charlie va a sentirse muy feliz de conocer al fin a la señora Doyle...

—De modo que, si no es por ella, pasas de largo por Europa sin venir a ver a un viejo amigo, ¿eh, granuja? —le reprochó Charles Heyward con tono dolorido.

—Así es, Charlie —admitió Desmond—. Confieso mi tremenda ingratitud para con los buenos amigos y para mi propia ciudad. Pero siempre pensé que Londres es una ciudad bastante triste para una recién casada.

—¿Triste? —objetó Abigail, contemplando arrobada el Parlamento a través de las ventanas del hotel—. ¡Es la ciudad más maravillosa y sorprendente que jamás vi! No te habría perdonado nunca volver a América sin visitarla, querido.

—De haberme avisado antes, pude haber ordenado que tuvierais preparado y a punto tu domicilio de siempre, en Mayfair, Desmond.

—No, no. Nada de viejas mansiones. Esta vez viviremos en el hotel, es lo mejor.

—Ya lo oyes, Charles —dijo Abigail risueña—. Yo me muero por residir en una vieja mansión británica, y él me obliga a vivir en otro hotel. Después de Roma, Lisboa, París y Bruselas, estoy harta de hoteles, ésa es la verdad. Deberías convencerle tú de que podríamos ir dentro de unos días a la residencia de los Doyle, al menos antes del regreso a mi país.

—Prometo hacer lo imposible por convencerle —rio

Heyward de buen humor. Y al dirigir una mirada a Desmond, mientras Abigail se ausentaba por las otras habitaciones de la suite hotelera, a deshacer equipajes y preparar su primer recorrido turístico por la capital, observó el gesto ceñudo y poco feliz de su amigo—, ¿Qué te ocurre? ¿No eres dichoso en este viaje, amigo mío?

—No podría describirte fácilmente mi felicidad junto a Abby, Charlie —confesó el joven con espontaneidad—. Es esa idea de ir a la vieja casa de Mayfair la que me desagrada.

—Vaya, siempre he de meter la pata —se lamentó Heyward amargamente—, Pero ten en cuenta que la idea no fue totalmente mía...

—Lo sé, lo sé. No es la primera vez que Abby manifiesta el deseo de vivir allí las semanas que estemos en Londres. Me costó persuadirla para reservar habitación en este hotel. Ahora imagino que no habrá quien la disuada de ir a casa.

—¿Por qué ese trauma? Es un hogar excelente, Desmond. En él creciste, te hiciste hombre...

—Y en él pasé los peores momentos de mi vida. No me preocupan mis

recuerdos de cuando dilapidaba alegre y estúpidamente mi fortuna por esos garitos y lupanares en interminables noches de orgía y locura, sino los relacionados con la ruina, el hundimiento físico y moral que me condujo a las puertas del suicidio...

—Vamos, vamos, de eso hace ya casi diez años —le atajó alegremente Charles, dándole un palmetazo en la espalda—. Ya pasó. Ahora eres un feliz y próspero hombre de negocios que triunfa en el país del dólar y viene aquí como acaudalado turista en viaje de luna de miel con la más encantadora y bella americana que se puede imaginar. Evocar ahora todo aquello son tonterías, tú lo sabes.

—¿También fue una tontería lo de Cheryl Courteney, Charlie? Charles enmudeció. Miró a su amigo preocupado, enarcando las cejas con gesto de cierta perplejidad.

—¿Aún piensas en eso? —murmuró al fin—. Fue una locura sin sentido de algún morbosos excéntrico, eso es todo. También quedó atrás. Y para siempre.

—¿Tú crees? Hace solamente unas semanas, en Nueva York, durante la boda, creí verla a mi lado, bajo el traje de novia de Abby... Una corriente helada cruzó la capilla y cerró una puerta de golpe.

—Nunca pensé que América pudiese acoger esos temores infantiles. Es un país nuevo, grande y práctico. Las historias de fantasmas no creo que vayan con él.

—¿No? Poe no pensaba lo mismo. Cualquier lugar del mundo puede ser igual cuando uno lleva dentro el temor, la inquietud, la incertidumbre.

—¿Qué incertidumbre en tu caso, Desmond? Tienes a Abby, eso es una hermosa realidad. Triunfas, eres rico, respetado, diriges negocios importantes al otro lado del mar... Eso es lo que cuenta, qué diablos.

—¿Y en qué se basa todo eso? En unos cimientos extraños, Charlie: en cinco mil guineas llegadas de no sé dónde, a cambio de una noche de horror.

—¿Otra vez eso? Hiciste un pacto, ¿no? Y cumpliste tu parte.

—Sí, pero ¿con quién? ¿Quién era el «señor Smith»? ¿Por qué aquella lúgubre farsa? Nunca he podido quitármelo de la cabeza en todos estos años. Y empieza a...

En ese punto, reapareció Abigail, risueña, portando un sombrero con cinta de terciopelo y plumas azules, junto a un vestido rematado en flecos plateados.

—¿Qué tal este conjunto para pasear el primer día por Londres, querido? —quiso saber.

Desmond se volvió a ella cambiando su expresión grave por una más alegre.

—Perfecto —aprobó—. Vas a causar sensación en esta vetusta ciudad.

—¡Exagerado! —rió ella, poniendo el vestido sobre su cuerpo—. ¿No

crees que Desmond desorbita un poco las cosas, Charles?

—En absoluto, Abby —rechazó Charles Heyward sonriente—. Serás la mujer más elegante y atractiva de todo

Londres. Un soplo de aire fresco en un ambiente apolillado por el conservadurismo británico, querida.

—Vais a hacérmelo creer —se burló ella, desapareciendo de nuevo mientras tarareaba un charleston de moda en América, «It's my baby», tras anunciar a ambos—: Estaré lista en un momento, preparaos a escoltar a la sensación de Londres.

Sus alegres risas sonaron en la distancia. Desmond y Charles se miraron.

—Por favor, amigo, no la hagas advertir nada raro en ti ahora —rogó Heyward—. Ella no se merece eso. Es tan feliz...

Desmond asintió:

—Lo sé. Es maravillosa. Procuraré que no se dé cuenta de cosa alguna, te lo prometo, Charlie. Soy el primer interesado en hacerla dichosa en todo momento. Sin sombras en su vida joven y optimista. No me perdonaría lo contrario, créeme.

Charles asintió. Llamaron a la puerta en este momento. Doyle le autorizó a entrar. Un «botones» del hotel asomó bandeja en mano.

—Es para usted, señor Doyle —informó—. Un mensaje urgente.

Desmond tomó un pequeño sobre cerrado, dirigido a su nombre. Arrugó el ceño. Sin saber por qué, aquella letra picuda y cuidadosamente trazada le resultaba familiar.

—Gracias, muchacho —dijo, dándole una generosa propina que hizo sonreír deslumbrantemente al mozo.

Rasgó el sobre, curioso por saber quién conocía su presencia en el hotel, ya que el pequeño sobre, sin duda con una tarjeta de visita dentro, no había llegado por correo, al estar carente de franqueo.

Extrajo una pequeña cartulina color beige, de bordes ondulados. Tenía todo el aspecto de ser una tarjeta femenina, juzgó, olfateando un vago aroma que no identificó, pero que le trajo un recuerdo borroso, incorrecto. Olía a rosas.

—¿Quién te escribe? —se interesó Charles, frívolo—. ¿Avisaste a alguien de tu llegada?

—No. Sólo a ti —declaró Desmond. Y fijó su mirada en la tarjeta.

Sufrió una violenta convulsión. Sus ojos casi se desorbitaron.

La misma letra menuda, puntiaguda, aparecía en dos líneas sobre la tarjeta en blanco:

«Recuerda, querido Desmond, que estás casado conmigo todavía. Tu: Cheryl»

Abigail desapareció alegremente entre los biombos lacados, los espejos y los dorados del lujoso salón de la casa de modas de Regent Street, mientras los dos hombres permanecían curioseando unos sombreros

femeninos, a la espera de que la joven esposa se probase las prendas que había elegido.

Charles puso una mano sobre el brazo de Doyle, que giró la cabeza hacia él.

—¿Preocupado todavía? —indagó a medio tono.

—¿Cómo no estarlo? Es para enloquecer, Charlie. Si ella se da cuenta...

—No creo que note nada. Estás disimulando muy bien —meneó la cabeza, pensativo—. Sigo opinando que todo es una burla de mal gusto. Alguien sabe lo ocurrido entonces y te ha gastado esa broma pesada.

—No, Charlie. La letra de esa tarjeta..., era la misma que vi en su declaración póstuma aceptando la boda *post mortem*. Podría jurarlo. Y la firma..., era idéntica.

—Una letra y una firma se pueden imitar. Tal vez tu misterioso «señor Smith» ande detrás de todo ello.

—Pero, ¿por qué, Charlie, por qué? ¿Es que ese hombre está rematadamente loco?

—Pudiera ser. Eso explicaría su generosa oferta a cambio de una farsa grotesca y blasfema. Hay gente cuyo cerebro es como un tumor gangrenoso.

—Lo peor de todo es que tienen razón. Yo prometí casarme..., y respetar esa boda por el resto de mis días.

—Tonterías. Ni siquiera hubo tal boda. Seguro que no aparece registrada en ningún juzgado de Londres, dijera aquel tipo lo que dijera, Desmond.

—¿Y si esa boda sólo existe como tal por encima de legalismos y cuestiones oficiales? Tal vez algo sobrenatural, demoníaco, tomó buena nota de mi promesa, de mi enlace con..., con aquella chica.

—Vamos, vamos, no puedes volver a pensar en el diablo y cosas así. Hechos semejantes sólo suceden en la imaginación de literatos enfebrecidos.

—Aún recuerdo que Mozart recibió un día la visita de un desconocido que le pagó por un réquiem que jamás fue a recoger..., y que sirvió para su propio funeral. ¿También eso lo imaginó alguien demasiado exaltado, Charlie?

—Tal vez el propio Mozart. El hambre y la miseria hacen ver cosas increíbles.

—Dímelo a mí. Mi situación aquella noche no era muy diferente a la de Mozart. Quizá un ser semejante, alguien de ultratumba, vino a por mí antes de morir, para convertirme en el esposo de una difunta de por vida. No sé, es para enloquecer. Esto empieza a inquietarme, Charlie. Nadie podía saber que estamos en ese hotel, en Londres, después de tantos años. Por otro lado, ¿y si Abby llega a enterarse de

algo, si vuelven a avisarme y ella intercepta i el mensaje? ¿Qué podría explicarle?

—Muy sencillo: la verdad.

—¿La verdad? ¡No, cielos! Nunca me atrevería...

—Es tu esposa. Le debes lealtad, sinceridad. Tal vez haya llegado el momento de abrirle tu corazón y tu mente de par en par, compartir con ella tus temores y tus dudas. Estoy seguro de que eso te haría mucho bien.

—Y a ella mucho mal, Charlie.

—Podría ser peor si se entera de otro modo o más tarde, Piénsalo y...

—¡Desmond, cariño! —les interrumpió la voz de Abby desde el probador—. ¿Puedes venir un momento y darme tu opinión? Creo que es un conjunto precioso...

—Sí, querida, ya voy —miró a Charlie, se encogió de hombros y echó a andar para reunirse con su mujer.

—Piénsalo bien, Desmond —le alentó Heyward—. Creo que ella debe saberlo..., cuanto antes mejor.

Desmond Doyle se abstuvo de toda respuesta.

No podía dormir aquella noche.

Su mente era todo confusión. Los nervios estaban tensos. Ajena a su problema interior, Abigail dormía profundamente a su lado, el rostro con la aureola dorada de sus cabellos desparramados sobre la almohada, recibiendo de refilón una rendija de luz desde el ventanal.

La miró, pensativo, los ojos muy abiertos en la penumbra de la alcoba. Recordó el consejo de Charles: «Dile la verdad. Le debes lealtad, sinceridad...»

Sí, eso era cierto. No hubiera querido nunca guardarle un secreto a Abby. Pero aquél, precisamente aquél, era demasiado tenebroso, demasiado horrible para exponerlo de viva voz a la mujer que había confiado en él desde un principio.

—Se lo tengo que decir, de todos modos —pensó, moviéndose inquieto en la cama—. Mañana lo haré, sin falta. Debo decidirme, reunir fuerzas para hacerlo...

Trató de descansar. Cerró los párpados, algo más calmado, a medida que la decisión se iba fortaleciendo en su mente.

El ruido le sobresaltó.

Abrió los ojos otra vez. El ruido se repitió. Allí mismo. En la suite. Dentro de sus lujosas habitaciones del hotel. Era un simple crujido. Madera seca, quizá. Carcoma o algo así. La noche siempre estaba llena de ruidos semejantes. Sólo que nadie les hacía caso.

Se estremeció. No era la primera vez que se intranquilizaba con algo así. Una noche como ésta, nueve años atrás, había pensado lo mismo ante un inquietante crujido de madera. Sólo que entonces la novia que reposaba cerca de él era un cadáver.

Aquella maldita noche. La de esponsales más siniestra y alucinante que un hombre podía vivir. Entonces, como ahora, algo había crujido cerca de él repetidamente. Como si un indefinible hálito de vida ultraterrena se agitara en torno...

Escuchó. Pero el ruido no se repetía. Había llegado del gabinete, no sonó en la propia alcoba, de eso sí estaba seguro.

Se incorporó. Despacio, sigiloso. Abigail se movió ligeramente entre las sábanas.

Se detuvo, alarmado. Esperó. Ella seguía durmiendo, con una expresión dulce y angelical en su rostro. Desmond tomó con cautela la bata colgada de una silla tapizada. Se envolvió en ella y cruzó de puntillas la habitación, saliendo al gabinete. La luz de la calle, penetrando por las rendijas de los postigos entornados, trazaba dos bandas de claridad sobre los muebles y tapizados. Miró en torno, ansioso.

Se calificó a sí mismo de necio por dejarse impresionar por tonterías. No había nadie allí. Las puertas permanecían cerradas tal como las dejara. Nadie había entrado a importunar su sueño.

De repente, sus ojos se fijaron en una de las butacas tapizadas de la sala, la que recibía más claridad del ventanal. Había algo allí. Algo blanquecino, que no recordaba haber dejado sobre el asiento. Tal vez algún objeto de Abigail, olvidado al irse a dormir.

Caminó hacia el mueble. Olfateó el aire, perplejo.

Rosas... Olía a rosas, estaba seguro. Un aroma lejano y estremecedor que había aprendido a aborrecer. Un viejo perfume que relacionaba con la muerte, con aromas de embalsamar.

Alargó la mano. Tocó el objeto de la butaca. Lanzó un sordo grito de horror, demudado al rozar con sus dedos el extraño objeto depositado en el mueble.

—¡Dios mío, no! —jadeó, dejándolo caer a la alfombra, donde lo contempló con fijeza hipnótica.

Era un ramillete de azahar. Las flores estaban desvaídas, mustias, pero conservaban aún una cintita blanca sujetando los secos tallos amarillentos...

Un ramillete de azahar como el que sujetaba entre sus yertas manos el cadáver de Cheryl Courteney nueve años atrás...

Una voz sonó a sus espaldas.

—Desmond, querido, ¿qué sucede?

Se volvió pálido, sobresaltado. Abigail le miró con sorpresa.

Iba envuelta en su amplia bata color azul brillante, despeinados los rubios cabellos, y acababa de aparecer en la puerta del dormitorio, con gesto perplejo.

—Abby... —musitó Desmond, moviéndose hacia ella, demudado—. Siento haber interrumpido tu sueño...

—Te oí gritar, moverte por el gabinete —ella parecía desorientada—.

¿Te ocurre algo?

Y al fijarse de repente en las flores de novia caídas en el suelo, musitó, con tono alterado:

—Desmond, ¿qué es eso?

Él tragó saliva. La rodeó con sus brazos.

—Es difícil de explicar —murmuró—. No sé cómo empezar, Abby, pero tengo que decírtelo. Ahora mismo, sin esperar a más.

—Decirme, ¿qué? —los ojos azules de la joven le miraron ingenuamente.

—Dios, es tan complicado empezar... —se exasperó Doyle—. Ni siquiera sé de qué forma explicarte lo que aquella noche...

El golpeteo sobre la puerta le interrumpió. Sobresaltado, apretó con fuerza a Abigail contra sí, de modo instintivo, mientras miraba con auténtico terror hacia la entrada a la suite.

—¡Abra, señor Doyle! —sonó una voz profunda, autoritaria—. ¡Abra, por favor! Es importante.

Ambos se miraron, asombrados y temerosos.

—Desmond, querido, ¿qué es lo que está pasando? —gimió ella.

—No sé, no entiendo nada. ¿Quién puede ser a estas horas?

Fue a abrir la puerta. Dio la luz. En la entrada apareció un hombre vestido de gris, con sombrero hongo, que se apresuró a quitar de su cabeza al ver a Abigail en medio del gabinete. Era un individuo fornido, no muy alto, de aspecto vulgar y mirada inquisitiva. Unos grandes bigotes lucían sobre su rostro enérgico.

—¿Señor Doyle, Desmond Doyle? —preguntó, mirándole fijamente.

—Sí, yo mismo. ¿Puede decirme quién es usted y a qué debo esta inoportuna llamada a tales horas de la madrugada, caballero? —preguntó a su vez Desmond secamente.

—Por supuesto, señor Doyle, tiene perfecto derecho a ello —asintió el otro sin inmutarse—. Soy el superintendente Murphy, de Scotland Yard.

—Un policía... —Desmond pestañeó, incómodo, sin saber por qué—. ¿Cuál es el motivo de su visita, si puede saberse?

—Lo lamento, señor Doyle, pero me veo obligado a decirle que recaen sospechas de asesinato sobre su persona —dijo el funcionario con frialdad.

—¡Asesinato! —Desmond retrocedió unos pasos, como si le hubieran dado un mazazo—. Pero, ¿a qué asesinato se refiere, superintendente? ¿De qué está hablando?

—De la muerte de una joven hace nueve años, señor Doyle. Existen serias sospechas de que usted asesinó entonces a su primera esposa, Cheryl Courteney...

Tras de Doyle hubo un ruido. Se volvió rápido.

Abigail se había desplomado inconsciente sobre la alfombra.

—¿Está mejor su esposa, señor Doyle?

—Sí, superintendente. Sólo fue la impresión recibida. El médico del hotel dice que pasará la noche bien, gracias a un sedante.

—Bien, bien. Me alegra por ella, lamento mucho que reaccionase así. Pero yo nunca pude imaginar que su esposa ignorase por completo los detalles del primer matrimonio suyo, señor Doyle...

—¡Le he dicho repetidas veces que aquel matrimonio fue una ridícula farsa! —protestó airadamente Desmond—. Ni siquiera estaba viva la joven cuando nos casaron.

—Eso, desgraciadamente, será difícil de probar por su parte —comentó el policía, con tono desabrido, paseando por el amplio y destartalado despacho en el Yard, cuyas ventanas asomaban al Támesis brumoso—. Sólo disponemos de un registro de matrimonio que certifica esa boda el día once de febrero de 1920, en la capilla privada de los Courteney, en Regent's Park, así como un registro judicial de la misma ceremonia, extendido por un tal juez James Dudley en el juzgado de ese mismo distrito.

—Le parecerá increíble, monstruoso, pero me casé con una muerta. Fue una ceremonia horrible, con un cadáver vestido de novia. E igual fue la noche de bodas.

—Lamento no poderle creer, señor Doyle. Su historia es descabellada. Sabemos, sin embargo, que el doctor Clive Stratton, de Harley Street, médico de la familia Courteney, certificó la defunción de la joven el mismo día once, sin especificar hora concreta. Por tanto, cabe deducir que, en efecto, ella murió la misma fecha en que se casó con usted. Pero, lógicamente, no podemos admitir que fuese antes, sino después de esa ceremonia que convertía al viudo de Cheryl Courteney en heredero automático de una fortuna de más de cien mil libras esterlinas.

—Cien mil libras... —repitió Desmond, anonadado—. Cielos, es una gran fortuna... Pero yo nunca lo he sabido, jamás reclamé nada, no quiero un solo penique de esa desdichada joven...

—Posiblemente ha sido usted muy astuto al obrar así, señor Doyle —el policía le miró fijamente, parándose en sus pasos—. De no mediar esa boda, la fortuna de Cheryl Courteney habría pasado íntegra a su único pariente, una hermana llamada Melissa, que creo reside en la India. Pero su matrimonio le hace a usted heredero universal de la joven Cheryl, puesto que no existía testamento alguno.

—Ella tenía un tutor, un administrador o pariente llamado Oxley... —recordó Desmond.

—Eso es: Harry Oxley. Tío segundo de la joven y su tutor hasta la mayoría de edad, que se cumplía precisamente el día trece de febrero,

fecha de su cumpleaños. Es decir, dos días después de la boda y muerte de la joven. Naturalmente, su matrimonio con usted la hacía automáticamente mayor de edad a efectos legales, y entraba en posesión de la herencia. Herencia que sólo unas horas después pasaba a ser totalmente suya conforme a la Ley, lo quiera o no, señor Doyle.

—Pero..., pero esto es enloquecedor, superintendente

—se quejó Desmond amargamente—. No sé nada de esa fortuna, insisto en que me casé con una muerta y, por tanto, esa boda jamás existió como tal. Nunca tuve una esposa, nadie puede casarse con una difunta.

—Dicen que algo así hizo en Portugal hace siglos un rey enloquecido —suspiró el policía, reanudando sus paseos con las manos a la espalda—. Pero claro, vivimos en el siglo xx, no en la Edad Media, señor Doyle. Me resulta muy difícil aceptar su palabra de que se celebró una boda tan macabra.

—No es sólo mi palabra, señor —recordó Doyle desesperado—. Existía un reverendo, un tal Pearson... Él celebró ese absurdo matrimonio bajo coacción...

—El reverendo Nathaniel Pearson, de la iglesia anglicana —asintió suavemente el superintendente Murphy—. Tiene buena memoria, señor Doyle. Sí, fue él quien efectuó la ceremonia y registró ese matrimonio en sus libros.

—Entonces acuda a él, interróguale...

—Lamentablemente, eso no es posible, señor Doyle. El reverendo Pearson murió hace tiempo en circunstancias algo extrañas. Un accidente no aclarado. Un coche le arrolló al salir de su capilla, matándole en el acto.

—Dios mío, tal vez eso sí fue un asesinato...

—También lo fue, creo, la muerte de su primera esposa, señor Doyle.

—Vi un certificado de defunción en la alcoba donde me hicieron pasar la noche de bodas con la difunta —evocó Desmond—. En él daba por muerte natural el fallecimiento, y lo firmaba ese tal doctor Stratton que usted ha mencionado... ¿Por qué no acude a él para que aclare la cuestión?

—Otro imposible, señor Doyle. El doctor Stratton murió hace tres años, víctima de un tumor maligno. Antes de morir firmó una confesión, asegurando que había mentido en una ocasión a cambio de una suma elevada de dinero. Firmó un certificado de defunción falseando los hechos. Cheryl Courteney, fallecida según él de muerte natural, había muerto en realidad víctima de un derrame cerebral causado por un veneno muy poderoso, según pudo verificar por sí mismo en un análisis detallado de cierta sustancia ingerida por la víctima. Tengo copia de esa confesión en mi poder. Como ve, la muerte de su primera esposa no deja ya lugar a dudas en cuanto a su

naturaleza provocada.

—Dios mío... Superintendente, trate de entender. Ni ella llegó a ser jamás mi esposa, ni yo sabía nada de ese crimen horrible. Se me dijo que padecía una dolencia que la llevó a la tumba. Busque a su tutor, o bien al mayordomo que sirvió de testigo en la ceremonia...

—El mayordomo Peter Jackson se mató al caer por una ventana, trabajando para otra familia londinense, tiempo después, señor Doyle —explicó cachazudo el policía—. Y en cuanto al tutor de la muchacha, Oxley, no ha dado señales de vida en varios años e ignoramos dónde pueda estar en estos momentos.

—Es como una pesadilla, un atroz complot. ¿Por qué iba a querer yo matar a nadie, superintendente? Ni siquiera conocía de oídas a esa joven...

—Cien mil libras son un buen motivo para un crimen, que yo sepa. Y recuerdo que por entonces, su fama dejaba bastante que desear, señor Doyle. Estaba usted en la ruina. De repente, pagó todas sus deudas y se fue a vivir a América, de donde ha vuelto rico, según creo. ¿De dónde salió ese dinero, si no fue de su breve boda con Cheryl Courteney?

—La tela de araña se cierra sobre mí —murmuró Desmond, poniéndose en pie, airado, trémulo—. Es como si todo me acusara. Pero los testigos que podían ayudarme a confirmar mi historia han muerto. Todos en forma harto sospechosa, según veo. Como si alguien hubiera tenido interés en tapar sus bocas para siempre...

—Eso es sólo una simple hipótesis. Oficialmente, fueron accidentes y nada más. Por otro lado, señor Doyle, ¿qué interés podría tener nadie en contratarle a usted a cambio de una enorme suma de dinero, para casarle con un cadáver?

—Nunca lo supe a ciencia cierta. Cobré quince mil guineas por ese papel en la macabra farsa. Pero la razón de todo ello, la ignoro.

—Usted ha mencionado a un tal señor Smith, que fue, según su historia, quien le propuso el asunto y le pagó por él tan generosamente...

—Así, es.

—Que sepamos, no hay ningún señor Smith en el caso. En aquella casa sólo vivían el mayordomo Jackson y el tutor, Harry Oxley. Y la señorita Courteney, repito, sólo tenía un familiar con vida, su hermana Melissa, en la India.

—Sospecho que el señor Smith no era otro que Harry Oxley, su tutor.

—Es muy posible —admitió Murphy indeciso—. De todos modos, señor Doyle, su historia sigue siendo muy frágil e incongruente, admítalo. ¿Qué ganaba el señor Oxley con casarle con su sobrina difunta? Que yo sepa, nada en absoluto.

—Él no mencionó el asunto de la herencia, aunque lo habría

rechazado de plano. Siempre pensé que todo era obra de un loco, un capricho siniestro, una macabra excentricidad.

—Un capricho de quince mil guineas es un capricho demasiado caro, señor Doyle, incluso para un magnate. Que yo sepa, Harry Oxley no era dueño de ninguna fortuna, sólo administrador de la de su pupila.

—Veo que estoy perdido, diga lo que diga —se cansó Desmond, abatido—. ¿Va a encerrarme acusado de asesinato, superintendente?

—No. Todavía no —resopló el policía—. Aún debo atar algunos cabos. Pero le agradeceré que no intente abandonar la ciudad bajo ningún pretexto, por el momento. Y, desde luego, ni remotamente sueñe con volver a América por ahora. No se lo permitiría.

—Entiendo —Meneó la cabeza con desaliento—. En cualquier momento podría ser arrestado por ese delito, ¿verdad?

—Es muy posible. Depende de las investigaciones, señor Doyle.

—¿Por qué no investigan también otras cosas, como la tarjeta que recibí y la aparición de ese ramo de azahar ajado en mi suite esta misma noche? No es nuestro, alguien entró a dejarlo allí intencionadamente, quizá para aterrorizarme.

—Lo estamos investigando, no lo dude —el gesto de Murphy era escéptico—. Pero respecto a eso, quisiera mostrarle algo que puede interesarle de modo particular, señor Doyle.

—¿Qué es ello? —se sorprendió Desmond, cerca ya de la salida del despacho policial.

—Lea esto, se lo ruego —pidió el policía, sacando de una gaveta de su mesa un pliego de papel escrito—. Es un documento muy interesante en ciertos aspectos. Y lo escribió la propia Cheryl Courteney. Estaba entre sus pertenencias en la casa de Regent's Park, actualmente a la venta.

—Veamos...

Desmond alargó la mano, tomando la hoja de papel. Parecía pertenecer a una serie de ellas, perforadas y encuadradas. Se estremeció al enfrentarse de nuevo con la misma letra angulosa y prieta que ya conocía. El documento tenía todas las trazas de pertenecer a un diario íntimo y personal de una mujer algo infantil, añiada e imaginativa.

Pero sus ojos se fijaron particularmente en unos párrafos marcados con subrayado en rojo, tal vez por la propia Policía:

«...de todos modos, morir no me asusta mucho. Sé que mi salud es quebradiza y ello puede suceder en cualquier momento. Pero también sé que la muerte es sólo el tránsito a otra vida diferente.

Espero que cuando me vaya de este mundo, mi espíritu siga vivo. Y pueda volver de la muerte cuando desee. Después de todo, ¿qué otra cosa pudo ser lo que ya me ocurrió una vez, siendo niña?

Entonces, todos me lloraron, dándome por muerta. Cuando iba a ser

sepultada, resucité. Volví a vivir ante el asombro de todos, incluidos los médicos. Fue entonces cuando supe que hay otra vida más allá de ésta, que es posible volver si se desea con tanta fuerza como yo lo deseo. Por eso no temo a la muerte. Sé que volvería de la tumba otra vez, como pasó entonces. Los que me aman serían así felices. Y los que me odian sufrirían en su ser el miedo a lo que no entienden cuando me vieran regresar de entre los muertos...»

—De entre los muertos... —repitió Desmond, dejando caer el papel sobre la mesa del despacho policial—. Dios mío...

—¿No cree en el más allá, señor Doyle? —sonrió el superintendente—. Ella sí parecía creer. Y mucho. Tal vez tuviera razones para ello, a la vista de los dos hechos inexplicables que han tenido lugar desde que usted volvió de América.

—No puede ser —negó Doyle estremecido—. Nadie vuelve de la muerte...

—De todos modos, esta noche podremos comprobar si eso es cierto o no.

—¿Esta noche? —Doyle le miró, perplejo—. ¿Qué quiere decir?

—Vamos a exhumar el cadáver de Cheryl Doyle..., perdón, de Cheryl Courteney, como usted dice.

—Cielos...

—Si quiere, puede asistir a la ceremonia en ese cementerio de Regent's Park, señor Doyle.

—No, gracias —rechazó horrorizado—. Por nada del mundo iría a algo semejante. Ya vi durante horas el cadáver de esa infortunada joven...

—Como quiera. Si cambia de parecer, sepa que está invitado a la exhumación del cuerpo para proceder a una autopsia minuciosa de sus restos...

—No sé por qué no vinimos directamente a esta casa, Desmond. Es hermosa, me gusta. No me importaría quedarme a vivir en ella toda la vida.

Desmond Doyle sonrió, halagado. Miró a Abigail, que recorría las estancias con aspecto feliz. Volvía a ser la de siempre, la muchacha alegre y confiada que él conociera en Nueva York.

—Me alegra que te guste —murmuró—. Yo sigo encontrándola demasiado vieja.

—Lo viejo es doblemente bello para nosotros, los americanos. Tal vez sea porque todo allí lo tenemos demasiado nuevo —sonrió Abigail risueñamente, volviendo a su lado. Se abrazó a Desmond y le miró a los ojos—. No quiero verte más preocupado, querido mío. Todo pasó ya. Debiste contarme aquel suceso cuando nos conocimos o apenas nos casamos. Te hubiera aligerado bastante compartirlo conmigo.

—Era una historia demasiado horrible, Abby. Y lo peor es que aún colea.

—Tonterías. La Policía está obligada a sospechar de todo el mundo. Yo te creo. Sé que las cosas fueron como dices, por absurdas que puedan parecer. ¿Y sabes por qué lo sé? Porque lo dices tú, y tengo fe ciega en ti.

—Criatura, eres maravillosa —la atrajo contra sí, besándola intensamente—. Nunca más te ocultaré nada, lo juro.

Me haces sentir mejor desde que te relaté todo, Charles tenía razón.

—Hablando de Charles, ha elegido muy bien —cambió ella de tema de inmediato—. La doncella y el mayordomo que nos ha traído parecen muy eficientes. Creo que esta casa funcionará a la perfección.

—Si tú la llevas, desde luego. Pero no quería que cargases con algo tan pronto, Abby. Éste es nuestro viaje de novios...

—Y será mi primera experiencia como ama de casa —rio ella jovialmente—. Confía en mí, querido. Te demostraré que no vas a arrepentirte jamás de haberme elegido como esposa.

—Él asintió:

—Sé que eso es lo último de lo que podría arrepentirme en la vida, Abby. Sólo lamento el mal trance que te hice pasar...

—Por favor, olvida eso de una vez. Nadie vuelve de la tumba, estoy segura. Si recibiste aquella tarjeta y te dejaron ese ramo de azahar, es porque alguien planeó asustarte por la razón que sea. Pero no puedo creer que esa pobre chica deambule por ahí como un fantasma, exigiéndote una fidelidad imposible.

—Smith dijo..., dijo algo antes de la ceremonia, Abby. Algo así como

«usted será su esposo hasta morir, no lo olvide». Y al dejarme la segunda suma de dinero, también había una nota, recordándome que ella era en esos momentos mi esposa...

—Eso confirma lo que te digo: el propio Smith debe mover los hilos de esta trama, por alguna razón que ignoremos.

—¿Y la hoja del Diario de Cheryl Courteney? Ya de niña parece que resucitó...

—Eso tiene fácil explicación. Por entonces era frecuente una dolencia que provocaba la muerte aparente, la catalepsia. ¿Nunca leíste a Poe? Escribió algo sobre eso.

—Sí, «El entierro prematuro», lo recuerdo —suspiró Desmond—. Tal vez tengas razón después de todo. Aquel tal Smith, sea Oxley o no, parecía un ser demoníaco, maligno.

—Pues hazte a esa idea, y basta. Cuando la Policía dé con él, todo habrá terminado felizmente y te liberarás de tu antigua pesadilla. Pero mientras tanto, disfrutemos de tu hermoso hogar. Yo no tengo ningún miedo, y tú tampoco debes tenerlo, querido.

—Eres admirable, querida —ponderó él, besándola de nuevo—. Te adoro.

Y contagiado por el optimismo y energías de la valerosa joven, se logró olvidar por vez primera en mucho tiempo, de aquella historia que le obsesionaba. Incluso su vieja mansión de Mayfair le pareció más alegre y bella que nunca.

Hasta que esa noche, la pesadilla volvió más escalofriante y terrible que nunca.

De nuevo ocurrió mientras Abigail dormía profundamente en el amplio y suntuoso lecho de la alcoba principal de la mansión de los Doyle.

Esta vez no le había despertado ningún ruido, sino la sed. El servicio descansaba y tenía la jarra de agua de la mesilla totalmente vacía. Se puso la bata y se encaminó a la cocina a servirse un vaso de leche.

La mansión, alumbrada con algunas luces aisladas y débiles en los corredores, no mostraba ningún aspecto siniestro ni inquietante.' Desmond Doyle volvía a la alcoba con el vaso de leche, sin pensar siquiera en nada preocupante.

Subió la escalera principal, llegando a la planta alta. Se dispuso a enfilar el pasillo hacia el dormitorio donde Abigail esperaba dormida. En ese momento, algo le hizo girar la cabeza, mirar hacia abajo, al vestíbulo sumido en penumbras. Fue un movimiento reflejo, instintivo, como guiado por un presentimiento superior a su propia voluntad.

Sus cabellos se erizaron. De su mano escapó el vaso de leche, que se hizo añicos en el suelo, derramando su blanco contenido. Un grito ronco, inarticulado, pugnó por formarse en su reseca, contraída

garganta.

Allá abajo, flotando tenuemente su grácil figura envuelta en tules blancos, la forma humana permanecía con la cabeza erguida, mirándole fijamente...

—¡Cheryl! —aulló, retrocediendo aterrado—. ¡No es posible!

Pero era ella. Cheryl. Sonreía desde la palidez marmórea de su rostro, bajo las gasas blancas, algo amarillentas y ajadas por el tiempo, de un siniestro vestido de novia. Luego, la figura pareció flotar sobre la alfombra, hundirse en las sombras de la biblioteca...

Desmond vaciló. Tuvo que aferrarse con ambas manos a la barandilla para no caer escaleras abajo. Estaba lívido, sudoroso, le temblaba todo el cuerpo.

—No puede ser... —musitó—. Es sólo mi imaginación. Ella..., ella no está ahí... ¡No pudo volver de la tumba! Nadie vuelve de entre los muertos...

Pero podía evocar su rostro, vislumbrado un segundo antes. El mismo rostro yerto que viera aquella noche imborrable. La cabellera oscura, la faz tersa, unos ojos negros que no había llegado a ver bajo los párpados cerrados...

Corrió escaleras abajo, dominando su terror. Tenía que confirmar de una vez por todas si su cerebro le estaba jugando malas pasadas o no. No podía encogerse, huir de lo que le atormentaba.

Entró en la biblioteca como una exhalación, dispuesto a encararse crudamente con la verdad, por terrible que fuese. Incluso estaba mentalizado para encontrarse cara a cara con Cheryl Courteney...

Pero en la biblioteca no había nadie. Sin embargo, la lámpara de su mesa estaba encendida. Y el balcón del fondo, abierto. La cortina flotaba, agitada por un aire frío y húmedo. Lloviznaba fuera. Y había niebla, como aquella maldita noche.

Se precipitó hacia el ventanal, asomó a él mirando al exterior. Abajo, un negro automóvil rodaba lentamente, alejándose de la acera de la casa. Era un viejo, anticuado Pierce Arrow de 1920 que creyó identificar. ¡El coche del señor Smith!

Mientras el vehículo se alejaba, hundiéndose en la bruma, por su ventanilla asomó el rostro blanco, cadavérico, de una hermosa novia de pelo y ojos negros, agitando su mano marmórea hacia él, en extraña y gélida despedida...

El coche desapareció en la niebla. La lluvia, menuda y fría, azotó el rostro de Desmond movida por una ráfaga de aire. Regresó, tambaleante, al interior de la biblioteca, la misma estancia donde una noche se dispusiera a poner fin a su vida ante una copa de Oporto.

Por dos veces había visto a Cheryl Courteney. No había error posible. Era ella, era su rostro que él jamás olvidaría por años que viviese.

La sombra de la novia difunta, emergiendo del tiempo, de la niebla, de

la noche.

De pronto, se quedó mirando a la mesa, alumbrada por la lámpara encendida que él dejara apagada al acostarse. Hasta entonces no había visto lo que se encontraba junto a la lámpara, bajo el cono de luz, a causa de su excitación en pos del fantasma.

El revólver.

El mismo viejo y oscuro Smith & Wesson calibre 38 de entonces. Amartillado, a punto.

A punto para matarse. Para volarse la cabeza como entonces.

El círculo se cerraba. Todo volvía al principio, como si nada hubiera sucedido. Caminó igual que un autómatas hasta el arma ya olvidada. La empuñó, con gesto ausente, como si estuviera hipnotizado.

Y la llevó a su sien. Lenta, inexorable, hacia el mismo punto donde un día apoyara el cañón del arma para terminar con su vida.

—¡Desmond! ¡No! ¡Dios mío! ¿Qué vas a hacer?

Su dedo tembló en el gatillo. Antes, fue una llamada a la puerta la que había interrumpido la tragedia. Ahora, era la voz de ella, de Abigail, a sus espaldas.

Dejó lentamente el arma sobre la mesa.

Se volvió. Ella corría a él, y se abrazó sollozando a su marido, que la rodeó con sus brazos, amorosa, protectoramente.

—Vamos, vamos, calma, querida —sonrió, saliendo de su abstracción—. No ocurre nada, nada en absoluto. Sólo que..., que creí ver aquí a Cheryl Courteney, entrando en esta estancia, alejándose luego de la casa en un viejo automóvil negro... Alucinaciones sin duda, amor mío.

—Pero ese arma... ¡Ese revólver! —gimió Abigail apretándole con fuerza—. Ibas..., ibas a dispararlo. ¡Ibas a matarte, Desmond! Como entonces... Era la influencia maligna de esa mujer, de ese espectro, del Mal que nos acecha...

—No, no, cariño. Eso son tonterías, tú lo dijiste. Nadie vuelve de la tumba. No sé cómo volvió aquí este viejo revólver. Tal vez el mayordomo lo encontró y lo dejó olvidado. Ni siquiera tiene balas. Las saqué todas aquel día, al volver de la casa de Regent's Park..., y las tiré. No quedó una sola bala en casa. Está vacío, míralo por ti misma. Nunca peligró mi vida, aunque hubiera apretado ese gatillo, Abby.

Y alzó el revólver de nuevo en su mano, apuntando al espejo que reflejaba sus personas al otro lado de la biblioteca.

Apretó el gatillo.

Retumbó la detonación ásperamente en el silencio de la noche, y el espejo se agrietó por completo, desmoronándose hecho añicos.

Abigail estalló en amargo, desesperado llanto, mientras Desmond contemplaba horrorizado el destrozo, desde detrás del humeante cañón del arma.

—De modo que lo pensó y ha venido...

—Así es, superintendente. Y conste que la noche no invitaba demasiado a cruzar Londres para venir a un cementerio.

Asintió el superintendente de Scotland Yard con la cabeza, mirando ceñudo a la llovizna persistente que parecía brotar de la espesa niebla, para dar su brillo húmedo a las lápidas, esculturas y cruces de aquel pequeño cementerio situado a espaldas de los muros de la iglesia de Saint John situada en el chaflán de Wellington Road y Prince Albert Road, frente al Canal Grand Union.

—Sí, es una noche de perros —admitió el policía con disgusto—. Pero esto había que hacerlo cuanto antes, señor Doyle, por desagradable que resulte.

—Sí, lo sé —afirmó Desmond, fijando su mirada en los dos sepultureros que, en silencio, arremetían con la ingrata tarea de extraer la tierra tras haber alzado la lápida donde figuraba el nombre de Cheryl Doyle y la supuesta dedicatoria de «su esposo».

Las palas entraban y salían en la mojada tierra con ásperos crujidos, poniendo una nota espeluznante en la tétrica noche invernal.

Junto al superintendente Murphy, otros dos funcionarios del Yard y un representante del Poder Judicial asistían a la fúnebre ceremonia de exhumación de los restos, primer paso para proceder a una autopsia de los mismos por parte de los forenses, nueve años después de la fecha en que realmente debió hacerse.

—Lo que me ha contado complica aún más las cosas —se quejó amargamente el policía—, Pero supongo que sólo usted vio al fantasma de Cheryl Courteney...

—Sí, sólo yo —se irritó Desmond—. Sé que tampoco va a creerme. Ni lo pretendo. Pero, ¿quién puso las balas de nuevo en mi viejo revólver y por qué? Eso no parece en absoluto obra de un aparecido...

—Estamos de acuerdo, pero, ¿estaba usted tan sugestionado como para llegar al punto de apretar ese gatillo sobre su sien?

—De no aparecer en ese momento mi esposa, no sé lo que hubiera hecho; estaba como en trance. Es posible que hubiese apretado, tal vez porque subconscientemente creía saber que aquel arma era inofensiva al carecer de balas. O quizás algo o alguien me estaba empujando al suicidio, no sé.

—¿Hipnosis? ¿Influjos malignos del más allá? —el escepticismo del funcionario de Scotland Yard era evidente. Meneó la cabeza de un lado a otro—. No sé, señor Doyle, resulta todo difícil de creer, ¿no le parece?

—Claro. Admito que es para volverse loco, superintendente. No espero que nadie me crea.

—Yo quisiera creerle, la verdad, pero...

Una voz dijo:

—Ya está, señor.

El policía se interrumpió. Uno de los sepultureros acababa de alzar su pala, tras un golpe seco sobre la madera. El otro desplazaba a los lados la tierra que quedaba sobre el ataúd.

—Bien... —murmuró el superintendente con el aire resignado de quien tiene que afrontar una experiencia que no le hace la menor gracia—. Veamos ahora... Procedan a subir el féretro. Extraeremos la caja de la fosa con todo cuidado para que no se rompa, y después la abriremos en presencia de todos los testigos aquí presentes.

—Sí, señor. La madera está muy podrida —dijo uno de los hombres con indiferencia—. Esta tierra es muy húmeda. La tapa se levantará en seguida. Sospecho que al mover los goznes astillaremos la caja...

Desmond y el policía cambiaron una mirada. A ninguno de ellos le hacía feliz el trance. Se acercaron los dos a la orilla de la fosa abierta. Los sepultureros estaban ya abajo, forcejeando por alzar la forma oblonga y negra al exterior. Finalmente lo lograron y depositaron el ataúd encima de la tierra batida por la lluvia.

—Ábralo —ordenó roncamente el superintendente. Y varias lámparas alumbraron la caja fúnebre, a la espera de que la tapa se alzase.

Como ellos dijeran, la madera no resistió. Saltaron de inmediato los goznes entre fragmentos astillados y jirones de raso púrpura del forro. Desmond se estremeció, recordando la capilla de la mansión de los Courteney durante la boda.

La tapa cayó a un lado. Todas las cabezas se inclinaron mirando al interior.

—¡Vacía!

El grito del superintendente Murphy resonó como un pistoletazo en el silencio sobrecogedor que rodeaba al féretro, con el sólo sonido de fondo del tamborileo de la lluvia en las lápidas y cruces, y ahora en el raso púrpura del fondo.

Era cierto. La caja estaba totalmente vacía.

Ni rastro de Cheryl Courteney, ni de su mortaja en forma de vestido de novia, ni tan siquiera el viejo ramo de flores de azahar...

Aquella tumba de Saint John's Burial Church no contenía a nadie.

Abigail estaba nerviosa, inquieta.

No le gustaba estar sola en la casa. No ahora, esta noche. Sabía que el servicio dormía abajo, en sus dependencias. Pero eso no la tranquilizaba. Estaban demasiado lejos de ella. Y su valor había empezado a resquebrajarse justamente unas horas antes, cuando Desmond estuvo a punto de volarse la cabeza con un arma que creía descargada, que realmente lo había estado durante nueve años...

Mientras él asistía a la fúnebre ceremonia de exhumación en Saint John's, ella debía permanecer allí esperando, preocupada y en tensión, dando vueltas en su cabeza a la descabellada y terrorífica experiencia vivida por su marido en 1920, y revivida de pronto nueve años después, apenas llegado a Londres.

Paseó por la misma biblioteca donde Desmond estuviera en un tris de morir estúpidamente aquella noche. Una copa de brandy reposaba sobre la mesa. Lo necesitaba para reaccionar un poco después de aquellas emociones. Las preguntas se agolpaban en su mente mientras iba y venía.

¿Quién asesinó a Cheryl Courteney y por qué? ¿Quién la casó con Desmond Doyle en una mascarada trágica y profana después de muerta? ¿Por qué pagar con una pequeña fortuna ese macabro enlace? ¿Por qué recordarle ahora a Doyle que se había casado con un cadáver nueve años antes? ¿Quién puso las balas en el revólver y por qué? ¿Existía realmente el espíritu errante de la novia difunta? ¿La misma mano asesina que acabó con la vida de la bella joven exterminó después a todos los testigos del suceso?

Demasiados interrogantes. Y ninguna respuesta lógica, coherente. Era como dar vueltas a una noria enloquecedora, girar en círculo sin llegar a ninguna parte. Abigail se consideraba una joven lógica, fría y racional. Pero no había ni lógica ni racionalidad alguna en la aventura demencial de Desmond Doyle.

La llamada a la puerta la sorprendió. Vacilante, giró la cabeza hacia el vestíbulo, temiendo algo inconcreto. Llamaron de nuevo. Tintineó la campanilla.

Dudó. ¿Debía llamar al mayordomo o esperar a que éste acudiera a abrir la puerta? Un tercer campanilleo la decidió. Tal vez era Desmond que regresaba del cementerio. Ignoraba si se llevó las llaves o no.

Fue hacia el vestíbulo. Se detuvo, cauta, ante la puerta.

—¿Quién es? —preguntó, tensa.

—Dios mío, Abby, abre de una vez —sonó una voz familiar—. Soy yo,

Charles.

—¡Charles, menos mal! —exclamó ella, aliviada, corriendo a abrir.

El joven Heyward sonrió desde el umbral, bajo su abrigo empapado y su sombrero flexible. Le hizo entrar rápidamente. Luego cerró.

—Vine en cuanto me telefoneaste dijo el joven—. ¿Dónde está Desmond?

—Finalmente fue a esa exhumación —suspiró ella—. Creí que no podías venir...

—Bueno, tenía una fiesta en casa. Pero dejé a los amigos y corrí hacia acá. Tu tono de voz me pareció angustiado aunque dijiste que ya no ocurría nada. ¿Qué tienes?

—Sencillamente, Charles, estoy asustada por vez primera en mi vida. Muy asustada.

—Es para estarlo, querida —asintió el amigo de Doyle—.

Tranquilízate, estaré contigo hasta que llegue Desmond.

—Gracias, Charles. Ven, toma una copa, es lo menos que puedo hacer por ti.

Fueron a la biblioteca. Charles miró la copa de brandy de Abigail, pero no hizo comentario alguno. La joven le sirvió otra. Tomó un sorbo mientras dejaba sus mojadas ropas sobre una silla.

—De modo que ha visto a esa mujer aquí —murmuró Heyward mirando en torno.

—Sí. En el vestíbulo y abajo, en un coche negro. Dice que era ella, sin duda alguna. ¿Crees que es posible, Charles?

—Ya no sé qué pensar de todo esto, querida amiga. Yo también empiezo a estar asustado. Conozco bien a Desmond desde hace muchos años. Sé que no miente ni se inventa cosas. Si dice que ha visto a esa mujer, es que es cierto.

—Pero..., pero eso es imposible, Charles. Ella está muerta, lleva nueve años enterrada...

—Lo sé —afirmó Heyward gravemente, dejando su copa de brandy junto a la de Abigail—. Algo ocurre, sin embargo. Algo que no se puede explicar razonablemente por el momento. Es posible que esa muchacha nunca llegase a estar realmente muerta.

—¿Qué quieres decir?

—Recuerda lo que nos ha contado Desmond. La Policía tiene una hoja de su diario en la que habla de una primera muerte aparente siendo niña. Podía padecer catalepsia. Era un mal muy extendido hasta hace poco. Cheryl Courteney pudo sufrir un segundo ataque y volver luego a la vida...

—Desmond dice que olía a putrefacción cuando dejó la casa al amanecer...

—Eso sí pudo ser alucinación suya. Ten en cuenta que llevaba toda una noche junto a lo que creía un cadáver, que había perfume y

bálsamos en el cuerpo, que él estaba seguro de permanecer junto a una mujer muerta.

—¿Y la tumba de Saint John's?

—Bueno, pudieron enterrar a alguna otra persona en ella. O a nadie. ¿Por qué no un ataúd vacío o lleno de piedras? Eso se ha hecho a veces.

—Casi logras tranquilizarme —suspiró la joven—. Me das respuestas lógicas a todo.

—¿Lo ves? —sonrió Charles tendiéndole su copa de brandy y tomando la propia—. Toma un trago más, eso acabará de calmarte, Abby. Soy un amigo ideal para estas ocasiones, Desmond debería habértelo dicho.

—Me lo dijo —rio Abigail, apurando su copa al mismo tiempo que Charles—. Bueno, espero que ya no tarde mucho en volver.

—Por mí no te preocupes, esperaré lo que sea preciso. Ya sabes que esos requisitos oficiales, con policías y juzgados de por medio, siempre llevan tiempo.

—Sí, eso es cierto. Yo... —se tambaleó ligeramente y se llevó una mano a la cabeza—. ¿Qué me pasa? Siento algo de mareo...

—Demasiadas emociones juntas —sonrió Charles, mirándola a través de su copa de brandy—. Tal vez te siente bien dormir un poco.

—Dormiré cuando... Desmond vuel..., vuelva... ¿Qué me ocurre? No puedo..., hablar..., ni coordinar... Me da todo vueltas... Charles... Charles, yo...

De su mano cayó la copa vacía, rompiéndose en la alfombra. Miró torpemente a Heyward. Él no hizo acción de ir en su ayuda. Sonreía, apurando su copa.

—No es nada, querida amiga —dijo con tono extraño—. Dormirás en breve. Un simple sueño... Tranquilízate..., Abby...

Ella entendió. Desde el fondo de su torpeza entendió. Miró aterrada la copa rota a sus pies. Miró luego a Charles Heyward que seguía sonriendo, mientras todo su cuerpo oscilaba a punto de caer.

—El..., el brandy... —jadeó—. Tú..., Char... les... ¿por..., por..., qué...? Y se desplomó de bruces en la alfombra junto a la copa rota. Charles seguía con su sonrisa flotando en los labios. Se inclinó, cargando con el cuerpo inerte de la joven esposa de su amigo. Tomó sus ropas y guardó la copa propia en el bolsillo.

Ahora, en marcha —murmuró—. Voy a llevarte a un lugar seguro, donde nadie te encuentre, querida Abby. Tú vas a ser la mejor arma contra Desmond Doyle...

Se encaminó a la salida, tras comprobar que no había nadie a la vista. Salió a la calle, bajo la lluvia. Cruzó la acera llevando en brazos a Abigail. Abrió la puerta de un coche detenido ante el edificio de Mayfair. E introdujo a la inconsciente muchacha en el mismo. Él subió

al volante, partiendo con su femenina carga. El coche de color negro se hundió en la niebla.

Era un raro vehículo para viajar con él. Se trataba de un coche fúnebre.

—No podemos hacer nada más, señor Doyle. Tengo a la Policía de la ciudad en pos de su rastro, pero hasta ahora es cuanto hemos podido hacer.

—¡No es suficiente! ¡Mientras usted sospechaba de mí como autor de un asesinato cometido hace nueve años, alguien entra en mi casa y secuestra a mi esposa! ¡Acaba de decirme que del análisis de esos fragmentos de copa rota, ha resultado la presencia de una potente droga narcótica en su contenido! ¡Es obvio que raptaron a mi mujer, haciéndola ingerir un brandy con narcótico! ¡Sabe que mi mayordomo oyó sonar tres veces la campanilla de la entrada y que cuando iba a abrir oyó que lo hacía mi mujer y renunció a acudir ya! ¿Qué más necesita para dar con ella?

—El nombre del visitante nocturno, señor Doyle. Y el paradero de su esposa.

—¿Espera que yo se lo facilite? ¿Acaso cree que yo mismo hice raptar a mi esposa?

—No se exalte, señor Doyle —resopló apaciblemente el policía—. Nadie le acusa de nada, es usted el del dinero y no ella, por tanto difícilmente puedo sospechar que trate de deshacerse de su esposa. Sé que es de buena familia neoyorquina, sí, pero usted posee mucha más fortuna que su mujer, de modo que eso le deja al margen de toda sospecha.

—Menos mal —gruñó Desmond, paseando como un tigre enjaulado—. Hay que hacer algo, superintendente. Y hacerlo pronto. Su vida puede peligrar...

—Lo dudo. De desear matarla, lo hubieran hecho aquí mismo, sin esperar a más. Tal vez solamente se trate de un secuestro para pedirle rescate por ella. Eso me parece lo más lógico.

—Yo tengo la horrible sospecha de que esto se relaciona con el caso de Cheryl Courteney, superintendente.

—¿Por qué motivo? —Murphy arrugó el ceño, mirándole—. Ella nada representa en el asunto, ¿no es cierto?

—¿Olvida que es mi esposa? Y que parece ser que alguien, no sé si muerto o vivo, desea recordarme en todo momento que debí ser fiel tan sólo a la difunta Cheryl.

—Los fantasmas no cometen secuestros, señor Doyle. Sólo los delincuentes.

—Pues fantasma o ser viviente, alguien se llevó de mi casa a Abigail esta misma noche. Y estoy dispuesto a dar con ella si la Policía no lo hace.

—No trate de jugar al papel de héroe, señor Doyle. Recuerde que usted mismo lo ha dicho: no debe hacer correr peligro alguno a su esposa. Deje el asunto en nuestras manos y límitese a esperar.

—¡Esperar! ¡Esperar!... —se volvió al ver entrar en la estancia a la persona a la que más deseaba ver en esos momentos, al margen de la propia Abigail—. ¡Charles, amigo mío! ¡Al fin has venido!

—En cuanto recibí tu recado— Heyward dirigió una inclinación al superintendente Murphy—, Lamento no haber podido venir anoche a ver a Abigail en tu ausencia, como ella deseaba, pero esa maldita fiesta que celebraba lo impidió. ¿Cómo iba a pensar yo que ella podía correr peligro alguno? Sólo parecía algo nerviosa, inquieta...

—Lo sé, querido amigo, lo sé —Desmond abrazó a Charles con fuerza—. Sólo espero que puedas ayudarme a pasar este horrible trance.

—Claro, Desmond, cuenta conmigo para todo. Incluso para ayudarte a dar con ella, si es que tienes algún indicio de su posible paradero...

—¡Otro aficionado a policía! —se quejó amargamente el superintendente Murphy, dirigiéndose a la salida—. Les aconsejo a ambos que no hagan nada por su cuenta y riesgo. Ya están las cosas bastante enredadas como para que ustedes las compliquen más aún.

Y partió, dejando a los dos amigos intercambiando sus impresiones.

La niebla era aún más espesa que en noches anteriores. No llovía, pero el suelo urbano estaba negro y reluciente a causa de la humedad. Las farolas callejeras eran sólo manchas tenues de luz en la bruma.

El automóvil se detuvo silenciosamente frente a las verjas apenas siluetadas en la neblina. Los pies pisaron la acera con firmeza pero con suave sigilo, sin producir apenas ruido las suelas de goma. Una mano insertó una vieja llave herrumbrosa en la cerradura de la verja. Giró, chirriante, y el portón se entreabrió, forzado por la enguantada mano del hombre. Una lámpara eléctrica alumbró desde su mano el suelo de gravilla que serpenteaba, alejándose entre descuidados setos y matorrales abandonados. La hojarasca crujía, formando alfombra sobre el camino.

Avanzó el nocturno visitante de la mansión de Regent's Park, cuyo letrero a la puerta anunciaba su venta en vano desde hacía años. Evidentemente, la casa debía de tener mala fama en la vecindad. No se sabía si por la existencia de los Courteney entre sus muros, tiempo atrás, o por la circunstancia poco agradable de que una empresa de pompas fúnebres se hallara situada en la vecindad, junto a las altas verjas de hierro forjado que delimitaban los descuidados jardines.

El visitante nocturno llegó ante la casa. De nuevo manipuló en un pesado manojo de llaves, hasta hallar una que abrió la puerta de la mansión. Empujó la chirriante hoja de recia madera. Un fondo sombrío de telarañas, oscuridad y silencio, se abrió ante los escudriñadores ojos bajo el ala del sombrero flexible, empapado de la

humedad de la noche. La linterna, desde la zurda del caminante, barrió los rincones polvorientos del vestíbulo. Un par de ratas se deslizaron veloces, huyendo de la luz.

Entró en la casa. Probó la luz, pero el interruptor no cambió las cosas. Evidentemente, habían cortado el suministro eléctrico a la casa mucho tiempo atrás.

La figura sigilosa se movió con cautela hacia la escalera. Antes, la lámpara giró a la derecha, hacia unas puertas abiertas corredizas. Proyectó su claridad lechosa sobre estanterías de polvorientos libros, un hogar apagado, un cuadro...

El círculo de luz se mantuvo sobre el óleo unos segundos. Desde el lienzo, una belleza de ojos y cabellos negros sonreía fantasmal al visitante. Éste dominó un estremecimiento.

—Es la misma... —susurró—. La que vi en el vestíbulo, en el viejo automóvil... Es ella, no hay duda: Cheryl Courteney...

Desvió la luz, enfocando la escalera. En los peldaños se hacinaba la suciedad. Las telarañas formaban un entretejido denso sobre el polvo. Más ratas huyeron despavoridas. Comenzó a subir paso a paso.

Llegó arriba. Recorrió una a una las habitaciones. Se detuvo especialmente a la puerta de una de ellas. La linterna formó grotescas sombras en los muros de tapizado sucio, desgarrado o húmedo. Se detuvo sobre un lecho con dosel. El escalofrío agitó la lámpara en la mano enguantada.

—Cielos... —jadeó la voz—. Es la alcoba..., el dormitorio nupcial...

Todo parecía igual. Sábanas de raso podridas por el tiempo, muebles enfundados en fantasmales telas blancas... Sólo que había grises ratas en vez de un cadáver sobre la cama. Se echó atrás, demudado. Le temblaba la mano. Un espejo del corredor reflejó la imagen de un Desmond Doyle mortalmente pálido, aunque de rictus decidido y enérgico. Iba a volver sobre sus pasos cuando oyó las voces.

Voces...

Voces humanas, sí. Murmullos en alguna parte, tal vez flotando en la nada, viniendo de ultratumba...

Voces de mujer, Desmond podía jurarlo. No había error posible.

Aguzó el oído. No, no era ilusión de sus sentidos. Aquellas voces existían, sonaban en alguna parte... Miró en derredor, perplejo. Sólo vio el espejo, una vieja armadura en un rincón, una panoplia vacía de armas, una vieja estufa de larga chimenea negra hundiéndose en el muro... Y puertas, lámparas sin luz en los techos y los muros. Eso era todo.

La estufa. Volvió a mirarla atentamente. Era de hierro negro, tenía abierta la puertecilla para introducir combustible cuando funcionaba. Se agachó, aguzando aún más su oído.

Las voces salían de allí. Eran ininteligibles, simples murmullos de

voces de mujer en alguna parte. Apoyó su mano en el tubo. No era difícil imaginar el resto. Aquel tubo servía de conducto acústico a las voces desde alguna parte. Tal vez la propia planta baja del edificio vacío.

Descendió de nuevo extremando sus precauciones pero con mayor rapidez. El corazón de Desmond palpitaba durante su correría nocturna cada vez con más fuerza. Había reclamado aquellas llaves de la inmobiliaria, con el pretexto de adquirir al contado la finca. Se las habían dado de mil amores. Y ahora, sin que nadie lo supiera, ni siquiera el superintendente Murphy o su amigo Charles Heyward, estaba intentando descubrir algo en la vieja mansión, no sabía el qué.

Recorrió toda la planta baja, sin exceptuar un recinto que le provocó nuevas y crispadas emociones: la vieja capilla de los Courteney. El escenario de un lúgubre ceremonial tiempo atrás...

Pero no encontró en parte alguna la fuente de aquellos sonidos humanos. Localizó de inmediato otra estufa de mayor tamaño en un salón destinado a tocar el piano —aún estaba allí el instrumento, cubierto de polvo y telarañas—, a tejer o a jugar a naipes en una mesita tapizada de verde yerba. Se acercó a ella sin producir el menor ruido. Esta vez tuvo que abrir la puertecilla, con infinitas precauciones para que el tubo no sirviera a su vez de resonancia a sus propios actos. Las voces eran más claras, pero igualmente ininteligibles las palabras expresadas. Hubo algo así como un quejido y luego posiblemente llanto. Llanto de mujer. Tembló, sin saber por qué.

Observó que el tubo de la estufa se hundía en el suelo, junto al muro. —Hay otra planta abajo —murmuró—. El sótano, sin duda. Tengo que dar con él...

No fue difícil. Entre las llaves halló una que servía para abrir una puertecilla situada bajo la escalera. Era el acceso al sótano de la casa. Asomó a la entrada. Una bocanada de aire fétido y húmedo le asaltó. Indiferente a todo eso, encendió su linterna y se aventuró escaleras abajo, pisando en su camino algunos cuerpos huidizos y velludos. No se inmutaba ya por nada. Lo importante era avanzar, llegar a alguna parte, al origen de aquellas misteriosas voces. No confiaba precisamente en encontrar a Abigail, pero sí tenía fe en que diera con alguna pista que pudiese aclarar los acontecimientos. Cualquier cosa era mejor que permanecer inactivo.

El sótano resultó ser una vasta nave sucia y húmeda, repleta de objetos inútiles y con instalaciones para poder convertirse en bodega cuando se pusieran allí las botellas adecuadas. Si alguna vez las tuvo, ahora brillaban por su ausencia.

El subsuelo era amplio, alargado, ocupando sin duda todos los cimientos de la vieja mansión victoriana. Finalmente, se detuvo ante

un muro sólido, cubierto de telarañas, con uno de los soportes de botellas de la bodega adosado a él. Delante del mismo, se hallaba otra chimenea negra, conduciendo a una estufa de gran tamaño, donde sin duda se quemaba la mayor cantidad de leña para dar calor al edificio. Miró en torno. Si allí terminaba el conducto de hierro, ¿dónde sonaban las voces? Sólo había una posible explicación. La estufa tocaba el muro del fondo. Podía recoger allí esos sonidos.

Pegó la oreja a la pared. Se estremeció.

Sí, era allí. El murmullo de un llanto era audible ahora. La pared y el soporte de botellas conducía ese sonido al interior de la caldera, sirviendo ésta de caja de resonancia y conducción acústica.

Retiró trabajosamente el armazón de madera destinado a contener botellas en reposo. Hizo algunos ruidos pero no le importó.

Cuando tuvo el muro al descubierto, proyectó sobre él la lámpara.

No era una pared lisa. Había huellas de una vieja puerta tapiada. Aquello conducía a alguna parte. Un rápido cálculo mental de la situación le hizo pensar que el edificio anexo tenía que ser, forzosamente, la casa destinada a empresa funeraria que viera junto a la finca. Tanteó la pared. Era sólida, pero no demasiado firme. La puerta no estaba realmente tapiada. Sólo cubierta con papel pintado. Arrancó a trozos el mismo, dejando ver las rendijas de aquel acceso casi secreto. Alguna vez, el edificio de los Courteney y el que ahora se dedicaba a pompas fúnebres, debieron tener comunicación por algún oscuro motivo. Pero eso le importaba poco a él.

Lo que quería era entrar, pasar al otro lado. No era lógico oír voces en el sótano de una funeraria a semejantes horas de la madrugada. A menos que, realmente, los muertos volvieran de sus tumbas...

Forcejeó con la puerta en vano. Resistía sus intentos. Probó varias llaves en su cerradura inútilmente. Luego tuvo una idea. Insertó un cortaplumas de bolsillo en la ranura, junto al pestillo. Hizo palanca varias veces, apretó de firme...

Y la cerradura cedió con un chasquido.

Estaba abierta. Desmond empujó cauteloso. Guardó las llaves, ya inútiles, y empuñó en su lugar el viejo Smith & Wesson 38, mientras en su zurda sostenía la linterna. Pasó al otro lado, barriendo antes con la luz el recinto subterráneo.

Era un simple sótano como el anterior, pero mucho más reducido. Enfrente, tras una puerta, brillaba una tenue luz en las rendijas de la misma. Respiró hondo. El llanto femenino era ahora nítido, preciso. Tembló, angustiado.

¿Era su imaginación, o se trataba de la voz de Abigail?

Decidido, avanzó hacia aquella puerta. Estaba dispuesto a volarla de un balazo si se resistía. Para su sorpresa, cedió de inmediato. La luz que penetró casi le cegó tras tanto tiempo en la oscuridad, pese a ser

poco intensa. Pero sí lo suficiente para advertir que dejaba atrás una especie de almacén repleto de ataúdes.

Delante de él, cuando pudo ver con claridad, una espantosa escena apareció ante sus ojos.

¡Abigail aparecía amortajada de blanco, como una novia, dentro de un ataúd, encadenada y con el rostro lívido, bañada en llanto, dominada por el terror, mirando a algo o a alguien con ojos dilatados por el pánico!

—¡Abby! —gritó Desmond, corriendo hacia ella, revólver en mano.

—¡Desmond! —chilló ella, girando la cabeza, entre sobresaltada y feliz, al reconocer la voz del ser querido—. ¡Oh, no, Desmond, no, no lo hagas!

Era una advertencia. Pero llegó demasiado tarde.

Fugazmente, Doyle comprendió que había peligro. Y éste estaba a sus espaldas. Quiso volverse, usar el arma. No pudo. Algo cayó sobre su cabeza, demoledor. El suelo se le vino al encuentro y chocó violentamente con él, dejando de ver y de sentir.

No era un despertar agradable. Ni esperanzador.

Ahora, ambos estaban encadenados. Abigail, dentro del ataúd, a su lado. Él, unido al muro de piedra húmeda mediante eslabones unidos a una argolla, a la usanza medieval en las mazmorras.

Y ante ellos dos... Charles Heyward, sonriente, dura la expresión, fríos los ojos. Como telón de fondo, una doble pila de ataúdes contra el muro, recién barnizados y a punto de ser utilizados para su macabro uso habitual.

—Charles... —jadeó Desmond, apenas se le aclaró un poco la mente y se despejaron sus ideas tras el período de inconsciencia—. Charles, amigo, ¿qué significa esto?

—No, Desmond, no es *tu* amigo, no es *nuestro* amigo —le interrumpió Abigail con un triste sollozo, muy pálida y demacrada dentro del tétrico recinto forrado en violeta oscuro—. Charles es un canalla, un rufián de la peor especie. Sádico, morbosos... Él me puso en este féretro... Me lo ha contado todo durante mi cautiverio. Todo...

—¿Todo? ¿Qué es ello, Abby, por el amor de Dios? —Doyle intentaba ver claro, despejar sus pensamientos, sus sospechas cada vez más sombrías y amargas.

—Desde que llegamos a Londres, Desmond, él ha sido el ángel negro que nos acosaba y perseguía. Suya era la idea de torturarte con una falsa misiva de Cheryl Courteney, con un ramillete de azahar marchito, con apariciones fantasmales de la novia difunta..., e incluso con balas en tu revólver, por si podía conducirte al suicidio.

—Pero ¿por qué? ¿Cómo? Yo vi a Cheryl en persona, era ella misma...

—No, Desmond, amigo —rio Charles cínicamente—.

Nunca viste a Cheryl, salvo en aquella loca ceremonia nupcial de hace

nueve años. El fantasma de tu casa anoche era muy distinto... ¿Quieres mostrarte ante Desmond, querida Melissa?

Para asombro de Doyle, tras los ataúdes surgió una figura espectral, como emergida de ultratumba, regresando del más allá...

—¡Cheryl! —gritó roncamente Doyle, estremecido.

La novia pálida y erguida rio huecamente con sarcasmo. Luego, rodeó con sus brazos a Charles y negó lentamente. Su voz sonó natural, burlona, sin ninguna entonación ultraterrena:

—No, no. No soy Cheryl. Soy su hermana gemela Melissa. Yo estaba en la India, en Hyderabad hace nueve años, cuando el loco de Harry Oxley, nuestro tío, y tutor de mi hermana Cheryl, decidió casarla contigo en una farsa demencial, para evitar que su fortuna fuese a mis manos al morir ella. Sólo que tuvo que casarla después de muerta y no antes, en un alarde de imaginación y estupidez. Pero admito que su truco resultó bastante bien. Logró evitar lo que yo buscaba, el crimen que había planeado y llevado a cabo desde tan lejos. La muerte de mi querida hermana Cheryl, gracias a un veneno vegetal hindú, que provocó su derrame cerebral, me ha resultado inútil, al menos durante estos nueve años. No pude entrar en posesión de su herencia. ¿Y sabéis por qué? Porque tú, Desmond Doyle, eras el heredero legal de Cheryl, gracias al fraude ideado por Oxley la noche de la muerte de mi hermanita. Siempre la odié. Siempre...

—Usted..., usted la mató. Pero estaba en la India entonces. No pudo hacerlo...

—Cierto, Doyle. No pude hacerlo con mi propia mano. Era mi gran coartada. Otro se ocupó del trabajo sucio, de suministrarle el veneno que yo le envié. El muy necio pensaba que iba a repartir conmigo la fortuna cuando ella muriese... Tuve que hacerle matar más tarde, para que no hablase.

—¿Quién..., quién era su cómplice? —preguntó Doyle.

—Jackson, el mayordomo —sonrió la doble exacta de Cheryl Courteney—. Él lo hizo todo. Luego tuvo que servir de testigo en aquella boda absurda. Temía tanto a Oxley como a mí. Creo que tú conociste a nuestro tío como el enigmático señor Smith...

—Pero, ¿por qué actuó así, qué ha sido de él?

—Preguntas mucho, Desmond querido —bostezó Charles, respondiendo a sus interrogantes con aire displicente—. Oxley era un tipo raro. No quiso para sí la fortuna, se conformaba con impedir que fuera para Melissa, de quien sospechaba que era autora del crimen. Se ve que estimaba lo suficiente a Cheryl como para quererse vengar por su muerte en la persona responsable, invirtió su propia fortuna en pagarte a ti el papel de novio de una muerta. No logró lo que se proponía, pero demoró nueve años la posesión del dinero de los Courteney por parte de Melissa, que perdió su propia herencia en la

India, por culpa de un apuesto oficial jugador y mujeriego que la burló y la dejó sin un penique.

—No tienes por qué mencionar esos hechos, Charles querido —se irritó Melissa Courteney, mirándole con frialdad—. Si ahora eres mi cómplice en todo este juego es porque vamos a repartir mi herencia cuando me la entreguen legalmente, y tú no te atreverás a engañarme como el capitán Colby. Nadie se atreverá nunca más a burlarse de Melissa Courteney, te lo garantizo.

—Estoy seguro de eso, querida —afirmó Charles risueño—. Te temo demasiado como para pretender engañarte en nada. Como ves, te he ayudado considerablemente. Gracias a mí, tienes ahora a los Doyle en tu poder. Lo siento, Desmond, por nuestra vieja amistad, pero no tuve otro remedio.

—No lo hubieras hecho de no estar ahora tan arruinado como hace nueve años lo estuvo tu amigo —le reprochó secamente la hermosa mujer del pelo oscuro, con gesto desdeñoso—. Pero a ambos nos conviene esta unión, por eso te busqué al dar con el paradero de Desmond Doyle finalmente. Oxley logró engañarme muy bien durante años, al informarme inicialmente de que el hombre casado con Cheryl residía en África y posteriormente en Australia. Perdí años buscando su pista, sin imaginar la astucia de Oxley. Hasta que di con él y supe que venía a Inglaterra de nuevo con su flamante esposa...

—¿Y ahora dónde está Harry Oxley? —preguntó Desmond, aturdido.

—Muerto —rió ella—. Como el doctor Stratton, como Jackson, el juez Dudley o el reverendo Pearson, a quienes yo eliminé tras conocer su versión de los hechos. No queda nadie con vida de aquella noche..., excepto tú mismo. Desmond Doyle. Y eres el heredero legal de Cheryl. Porque, aparentemente, eres el marido oficial de Cheryl.

—Si no hubiera matado a Jackson o al reverendo Pearson, ellos habrían podido testificar que la boda fue después de morir Cheryl, y por tanto era ilegal e inexistente a todas luces —objetó Desmond.

—Dejar con vida a personas que sabían tanto, era demasiado riesgo. Además, el reverendo Pearson o el juez Dudley, a quien también eliminé, habrían negado siempre que actuaron bajo coacción y soborno. No, no me servían. Sólo una persona en el mundo puede admitir que se casó con un cadáver y, por tanto, no hubo tal boda.

—¿Yo?

—Sí, tú —asintió Charles Heywood burlón—. Vas a firmar ese documento admitiéndolo así, ¿no es cierto, amigo mío?

—¿Por qué tendría que hacerlo? Si niego tal cosa ahora, seré heredero legal de una fortuna de cien mil libras esterlinas.

—Y sospechoso de asesinato —rió Charles.

—No importa. Correré ese riesgo.

—No lo entiendes aún, Desmod Doyle —terció ásperamente Melissa

Courteney con ojos llameantes, avanzando un paso hacia él. Señaló a Abigail—. Si te niegas, mataré a tu esposa ante tus propios ojos. Elige, por tanto.

—¡No cedas, Desmond! —rogó Abigail desesperada—. Sé que nos matarán igualmente a ambos. Sabemos demasiado. Eso no le conviene a esa harpía ni a tu falso amigo.

Están unidos en esto, son dos asesinos sin conciencia. Matarán a quien sea con tal de alcanzar la fortuna de Cheryl Courteney, lo sé.

—Hablaste demasiado, estúpida —se volvió airada Melissa hacia ella—. Voy a tener que hacer algo peor que matarte, para convencer a tu amado y amante esposo: torturarte lentamente, con toda paciencia, hasta que tus alaridos ablanden a Doyle.

—¿Es eso necesario, querida? —dudó Heyward palideciendo levemente.

—Claro —rio ella—. Si no tienes valor para eso, sal de aquí. Yo me basto y sobro para arrancar la confesión a Doyle, antes de que pueda ver el pellejo de su adorada mujercita hecho tiras...

— Miserables —jadeó Doyle—. No la toquéis a ella. Firmaré lo que sea.

—¡No, Desmond, no! —insistió Abigail con angustia—. Nos matarán del mismo modo...

—Puede ser, Abigail. Pero sin torturas. No soportaría verte sufrir —dijo con ternura el joven—. Lo siento. No puedo hacer otra cosa.

—Excelente —aprobó Melissa Courteney con frialdad—. Así me gusta, Doyle. Eso es entrar en razón. Tengo el documento preparado. Con firmar será suficiente. Charles firmará como testigo. Todo completamente legal, claro.

—Un momento. Una pregunta más todavía —rogó Desmond—. Hay algo que no logro entender totalmente.

—¿Qué es ello, Doyle? —indagó impaciente la hermana gemela de Cheryl.

—¿Y el cadáver de su hermana? ¿Dónde está el cuerpo de Cheryl? El féretro en el cementerio de Saint John's Church, estaba vacío...

—Un toque melodramático y terrorífico —rio sardónicamente Melissa—. Yo misma hice robar ese cuerpo y lo traje aquí. Ahora mi querida hermana reposa en uno de esos féretros. No se conservaba mal para haber pasado tantos años allí dentro —señalaba la pila de ataúdes con gesto burlón—. Quería volverte loco, aterrorizarte hasta el paroxismo, Desmond Doyle, para provocar tu muerte o tu locura. Era un modo de quitar de en medio al hombre que se interponía entre mí y la herencia... Si morías habría buscado la forma de demostrar la falsedad de aquella boda. Pero mejor pensado, es preferible este medio para que todo salga conforme a mis deseos Adelante, Charles, trae ese documento, hazlo firmar a nuestro amigo...

Heyward salió, para regresar con una hoja escrita que puso ante Doyle, al tiempo que le tendía su pluma estilográfica.

—Firma, amigo —dijo, evitando mirarle a los ojos—. Luego, todo estará arreglado.

—Y nosotros moriremos asesinados aquí —gimió Abigail—. No firmes, Desmond, no les des esa satisfacción hagan lo que hagan.

—Ya te dije que no soporto verte sufrir. Firmaré, querida —su mano encadenada tomó la pluma y firmó—. Ya está, Charles. ¿Y ahora?

Heyward se volvió hacia Melissa, que sonreía malévolamente.

—Ahora, querido, es asunto mío —dijo ella con frialdad.

Y de sus ropas de novia, blancas e impolutas, extrajo un arma con la que encañonó a ambos jóvenes. Amartilló el revólver sin que se alterara un músculo de su cara ni temblase su pulso.

—Te lo dije, querida —sollozó Doyle mirando a Abigail—. Si hemos de morir juntos, que sea así, cariño.

El dedo de Melissa empezó a presionar el gatillo...

En ese momento, a espaldas de ella, apareció Cheryl Courteney, regresando desde la tumba.

Fue una aparición dantesca, terrible. Tras de Melissa y Heyward surgía la sombra espantosa de la Muerte en forma de una mujer envuelta en jirones amarillentos de un viejo vestido de novia. Un rostro lívido, descarnado, medio devorado por la putrefacción, con los ojos vaciados en medio de unas cuencas podridas, sostenía aún la negra y larga melena, el tul de novia, como una tétrica piltrafa...

Se movía hacia ellos dos lenta, pausadamente, con espectrales movimientos. Abigail lanzó un alarido de horror al verla. Desmond, mortalmente pálido, no daba crédito a sus ojos. Melissa parecía sorprendida de su reacción. Charles volvió la cabeza, alarmado, presintiendo algo. De su garganta brotó un aullido inhumano, gutural.

—¡Dios mío, no! ¡No puede ser! —aulló, despavorido.

Melissa también giró en ese punto. Su chillido fue espasmódico, pero tuvo fuerzas para apretar el gatillo y disparar sobre el espectro de su hermana. Aquella forma hedionda, nauseabunda, se movía lenta, pesadamente hacia ellos.

De los labios tumefactos, purulentos, brotaban sonidos inarticulados, confusos, entre un burbujeante líquido verde parduzco:

—A él no... A él no, hermana... Fue..., fue mi esposo..., por una noche... A él no...

Los disparos se repetían. Melissa, como poseída, convulsionado su rostro en una mueca de horror infinito, vaciaba su arma encima de los jirones humanos de la que en vida fuera su hermana. Cuando hubo dejado descargado el revólver, Cheryl estaba ya sobre ella. Sus manos descarnadas, de cuyos huesos colgaban pingajos fétidos de carne corrompida y lívida, se cerraron en torno al cuello fraterno.

—No, no, no... Hermana, debí hacer esto siendo niñas... Malvada... Cuando la soltó, Melissa era un cuerpo encogido, de rostro púrpura, un cadáver sin nada de aire en sus pulmones, muerta por asfixia... Charles Heyward corrió hacia la salida. Tropezó, cayó..., y el espectro horrendo le dio alcance, se inclinó, cerró también sus garras huesudas, esqueléticas, sobre el cuello varonil. De nada valió la resistencia del joven. Siguió el camino de su cómplice. Agonizó ante la horrorizada mirada de ambos testigos.

Luego, lentamente siempre, Cheryl Courteney se volvió a ellos, sus ojos ciegos parecieron mirarles. Su voz susurraba, horrible, articuló unas pocas palabras:

—Ahora puedo..., descansar tranquila..., para siempre..., esposo mío. Sé..., feliz..., en vida..., y gracias..., por aquella noche...

Se desplomó ante ellos. Sus huesos parecieron quebrarse y desmontarse al golpear el suelo. Su cabeza de calavera rodó lejos del resto del cuerpo, desparramando la negra melena por el suelo, en un espeluznante epílogo.

Sólo unos momentos más tarde, aparecía el superintendente Murphy en la puerta del sótano, seguido por varios *policemen* uniformados, arma en mano.

—Dios mío, ¿qué ha ocurrido aquí? —masculló horrorizado viendo la escena—. Usted, Doyle, y su manía de investigar por su cuenta... Yo también seguía una buena pista. Sospechaba ya de su amigo Heyward, arruinado recientemente, y me limité a hacerle vigilar para descubrir su escondrijo en esta funeraria que le pertenecía bajo nombre supuesto. También supe de la presencia de Melissa Courteney, hermana gemela de Cheryl, en Inglaterra. Lo demás era fácil deducirlo... Esperen, que ahora les libero...

Se detuvo, contemplando con estupor y asco los restos humanos.

Se tapó la nariz, con gesto de repugnancia.

—Dios, ¿y qué es eso? ¿De quién son esos restos, qué pasó exactamente, Doyle?

—Es lo que queda de Cheryl Courteney, superintendente —musitó Desmond, su mirada fija tiernamente en Abigail, que sollozaba históricamente—. Su hermana robó el cadáver... Lo demás, lo que pasó aquí ahora... ¿para qué contárselo? Nunca iba a creérselo. *Nunca...* Ni yo mismo sé cómo pudo suceder..., pero ahora sé que es posible volver de entre los muertos cuando algo queda por resolver aquí, ya sea por odio o por amor...

Ella, Cheryl volvió *dos* veces del sepulcro. Una siendo niña, otra, ahora...

Y tras sonreírle dulcemente a Abigail, miró con patética ternura los restos repulsivos de un joven ser que, desde más allá de la tumba, había vuelto para salvar la vida de un hombre a quien tenía algo que

agradecer: al menos, unas horas de compañía tras una boda al margen de esta vida...

FIN